



WILLIAM
OSPINA

*
ES TARDE
PARA EL
HOMBRE

se

Qué le queda al hombre al final del milenio que no sea reencontrar el genuino sentido de lo sagrado y de lo bello.

¿Qué significado posee hoy la enfermedad, la muerte, la naturaleza y el tiempo libre desprovistos de la profundidad de la mirada mítica?

¿Es como escribe —con tersura William en estos seis ensayos— tarde para el hombre?



William Ospina

Es tarde para el hombre

ePub r1.0
oronet 15.11.16

Título original: *Es tarde para el hombre*
William Ospina, 1994

Editor digital: oronet
ePub base r1.2



Introducción

Paul Valéry escribió que los dos peligros que amenazan al mundo son el orden y el desorden. Sobre el orden y el desorden de la sociedad contemporánea gira este texto. Una idea lo recorre, la de que acaso el reino del hombre ha llegado a su fin. La civilización fundada sobre la supremacía humana, sobre la idea de la superioridad de nuestra especie, deberá ceder su lugar a un orden más respetuoso, más cordial con las otras criaturas.

Quiere señalar también que el hombre sólo encontrará el camino de su propia supervivencia si abdica de su trono arrogante y se somete discretamente a los poderes que de verdad rigen la vida y sostienen el universo.

Ese retorno a la percepción de lo divino del mundo bien puede ser lo que confusamente se insinúa en el complejo desorden de este fin de siglo. Tal vez en el poder terrible de la ciencia, en el influjo abrumador de la técnica, y en esa creciente hostilidad indiscriminada del hombre hacia el hombre que llamamos industria militar y terrorismo, se hace manifiesto que la supremacía de lo humano ha perdido su justificación, que hay que buscar caminos por fuera de esa arrogancia ingenua, y que siendo algo mucho más grande lo que ahora debemos salvar, es tarde para el hombre.

Del primero de estos ensayos, *“Los Románticos y el futuro”*, escrito a comienzos de 1993, han nacido todos los demás.

WILLIAM OSPINA

Es del todo evidente que, a menos que se consiga hacer más lento el ritmo colosal a que avanzamos (y no cabe esperarlo) o bien —lo cual, por fortuna, es más probable— que se le oponga fuerzas contrarias de magnitud equivalente, en el sentido de la religión o la filosofía profunda, con irradiación centrífuga opuesta a esta religiosa tormenta centrípeta que nos arrastra al vórtice de lo meramente humano, lo natural es que este tumulto tan caótico, librado a sí mismo, tienda de por sí al mal, en algunos espíritus a la locura y en otros a una reactivación del letargo carnal.

THOMAS DE QUINCEY, 1845

*It was too late for Man,
But early, yet, for God.
[Era demasiado tarde para el hombre,
Pero temprano aún para Dios]*

EMILY DICKINSON

LOS ROMÁNTICOS Y EL FUTURO

Bertrand Russell dejó escrito que el momento más alto del romanticismo europeo no había sido un poema, ni un lienzo, ni una sinfonía, sino la muerte de Byron en Missolonghi, luchando por la libertad de Grecia. Quería expresar con ello que el romanticismo no fue una mera escuela pictórica, un movimiento poético o musical, sino una actitud vital, el espíritu de las generaciones humanas a fines del siglo XVIII y a comienzos del XIX, una manera de asumir el mundo y nuestra presencia en él.

A medida que se alejan en el tiempo, los fenómenos se vuelven más visibles. Hace 50 años Hitler podía ser visto como un militar afortunado y fanático, como una indescifrable mezcla de prepotencia y de ambición; hoy empezamos a verlo a la vez como una reviviscencia de la cíclica y terrible vocación germánica por purificar el mundo —también aquí surge a veces la sensitiva idea de acabar con la pobreza matando a los pobres— y como una de las más salvajes pruebas de que el nihilismo que nos anunciaron los profetas del siglo XIX ya está entre nosotros.

El romanticismo es más visible ahora. No sólo como el más alto momento del espíritu occidental en los últimos siglos, sino como la tierra firme donde podría sustentarse el esfuerzo de nuestra época por encontrar alternativas a la barbarie que crece sobre el planeta.

A fines del siglo XVIII, los esfuerzos de la inteligencia habían cuajado en vigorosos sistemas racionales. La ilustración francesa, el empirismo inglés y el racionalismo alemán habían llevado a su plenitud el culto de la razón, la fe en el progreso humano y la confianza en la capacidad del hombre para comprender el mundo y ordenarlo a su modo. De esta luminosidad racionalista se nutrió en adelante todo el positivismo que ha terminado imponiéndose sobre Occidente. Pero la principal tendencia del positivismo es la de reducir la vasta y compleja realidad universal a un discurso utilitario que sólo acepta lo lógicamente demostrable, lo que puede ser calculado, medido claramente explicado en su origen, y que puede expresarse en fórmulas racionales. Un universo así reducido es suficiente los fines de esta civilización, dinamizada hoy por la fuerza ciega del gran capital, y empujada por el lucro como único gran propósito general de la especie.

Si esta actitud hubiera sido unánimemente aceptada por la humanidad, pocas esperanzas podríamos alentar frente al futuro. Un mundo así reducido a sus manifestaciones más evidentes y a sus mecanismos más útiles sólo promete la muerte del espíritu humano. El extravío de la humanidad en un orbe de cosas sin sentido, de materia sin significado trascendental, la confusión de todos los valores y la pérdida de todos los propósitos. El universo desacralizado en que vivimos hoy, el que nos describe el periodismo, el que nos vende la publicidad, el que nos ofrece el turismo; ese universo explorado por la ciencia, manipulado por la técnica, transformado por la industria, se va cambiando gradualmente en un reino de escombros donde sobra toda

religión, donde sobra toda filosofía, donde sobra toda poesía; un mundo vertiginoso y evanescente donde todo es desechable, incluidos los seres humanos, donde los innumerables significados posibles de toda cosa se reducen a un único significado: su utilidad.

Así, como se sabe, la naturaleza se ha convertido en un banco de recursos. Fuentes de energía los astros, fuentes de energía las aguas, recursos naturales los bosques, materia prima toda la indescifrable materia, mano de obra de los seres humanos: hasta donde abarca la mirada y alcanza la comprensión, el orbe que edades más sensatas vieron lleno de divinidades, organizado en mitos, perpetrado en leyendas y celebrado en cantos, se ha pauperizado hasta ser sólo un laberinto sin centro, materia sin objeto y sin alma.

Excluido todo lo dudoso y confuso, atrapado el mundo en la tela de araña de la razón, ese gran dogmatismo que invalida todos los discursos que no se pliegan a su lógica de reducción y disección, empezamos a preguntarnos cuáles son las grandes conquistas que la era del positivismo ha traído a la especie; si es verdad que el reino racional de las mercancías somos más libres que bajo el imperio de los viejos dioses y de sus viejos mitos, si bajo la sociedad del consumo somos más opulentos, si bajo el reinado de la tecnología somos más pacíficos, si bajo el reinado de la razón somos más razonables.

De la fe en el progreso con que nos embriagó el siglo XIX, hemos pasado a una teoría del desarrollo que precipitó a unas naciones en la prepotencia imperialista y a muchas otras en la subordinación y la pasividad. No somos mejores que los hombres de la antigüedad, pero hemos refinado nuestra barbarie. Había más inocencia y más dignidad en los avances de las hordas de Atila y de los tártaros de Tamerlán, que medían sus recorridos devastadores no por leguas sino por grados de longitud y latitud, que en los campos de esqueletos vivientes del Tercer Reich y en sus cámaras de cianuro.

Pero el triunfo del positivismo y el alcance del nihilismo que lo sigue no son meros errores o caprichos de la historia. La caída de la era cristiana y el desmoronamiento de los valores sobre los cuales se sustentó la humanidad durante siglos; la pérdida de un sentido trascendental de la historia; la muerte de una religión, con sus legislaciones y sus éticas, no pueden dejar de precipitar al mundo en una edad de vacío de desconcierto. Así ha enunciado en este siglo T. S. Eliot el proceso que ha seguido nuestra cultura:

¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?

¿Dónde la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?

¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?

Veinte siglos de historia humana.

Nos alejan de Dios y nos aproximan al polvo.

Y así lo anunciaba Nietzsche en sus gritos de vidente y de solitario:

El desierto está creciendo.

¡Desventurado el que alberga desiertos!

Desde fines del siglo XIX, la filosofía supo advertirnos, fiel a sus posibilidades, que se acercaban tiempos aciagos. “El más incómodo de los huéspedes ya está a las puertas” escribió también Nietzsche. “El nihilismo ya está aquí”. Advertidos de esto, recorríamos nuestra época esperando la aparición del huésped terrible. Presentíamos seguramente un monstruo mitológico, una suerte de Leviatán cuya irrupción marcará definitivamente el final de los tiempos. Y aunque todos los veíamos tardamos mucho en reconocerlo y en nombrarlo. Ahora sabemos dónde está. Su nombre es terrorismo y drogadicción, es consumo y publicidad, es el narcotráfico y la degradación del ambiente, es la pornografía y la estadística, es el imperio del lucro y de la moda, es la guerra como negocio, es la trivialización de la vida y de la muerte. Marx anunció que todas las cosas se convertirían en mercancía: mercancías son hoy la belleza y la salud, el aprender el celebrar, mercancías el arte y el saber, primero nos vendieron la tierra y el fuego, hoy nos venden el agua elemental y mañana tendremos que pagar por el aire, como ya lo hacen los más asfixiados en las esquinas de Tokio y de México. Y cada vez es más superflua y más efímera nuestra relación con el mundo. Antes se hacían vasos para que duraran, para que hubiera un contacto significativo de nuestra vida con el orbe sigiloso de las cosas: hoy el vaso no dura siquiera el tiempo de beber el agua que contiene, todo debe pasar por nuestras manos y desaparecer enseguida, la misma publicidad nos ordena destruirlo en el acto, en un absurdo carnaval de evanescencia y de irrespeto por el mundo. ¿Y qué es el frenesí de la moda, gobernado sólo por la ciega impaciencia del capital, sino el triunfo de esa plétora de máscaras presurosas, de sombras inconstantes para las cuales ya ni siquiera somos sujetos sino apenas formas de exhibición? Así tienden a transformarse los hogares de la sociedad de consumo en meros terminales de la gran industria, una cocina bien provista, roperos llenos, y en cada habitación, noche y día, un televisor encendido proveyendo de información irrecordable e inútil a una humanidad cada vez más desconcertada y pasiva. A este ideal tiende ya la sociedad norteamericana, con su extraña pasividad y ese culto del derroche que le hizo exclamar al poeta Anden: “El gran error de los norteamericanos no es el materialismo, sino una falta de respeto por la materia”.

A ese mismo orden pertenece la considerable aceleración que el capital, atento sólo a su propia reproducción, a la abreviación de sus ciclos y al incremento de su rentabilidad, ha obrado sobre la historia. De esa aceleración somos todos agentes como sin advertirlo. Alguna vez fue importante aprender: hoy importa graduarse. Alguna vez fue importante viajar: hoy se trata sólo de llegar, y cuanto menos se sienta

y se viva el viaje, cada vez más asociado con la inutilidad y la incomodidad, mejor será. El confinamiento de los humanos en grandes ciudades, y su gradual incorporación a ese ritmo que vive no sólo al margen de la lenta naturaleza, sino a expensas de ella, ya que frenéticamente la industria gasta su materia, a menudo en procesos que no son reversibles, parece conducir a nuestra civilización hacia una crisis de proporciones incalculables. Y cada vez más, cuando miramos los fenómenos que son hoy en todo el mundo los rostros del progreso y de la actualidad, sentimos con alarma que toda solución es parcial e insuficiente, que difícilmente se puede confiar a los Estados de la tierra la empresa de corregir el rumbo y garantizar un futuro, pero que tampoco los individuos particulares parecen tener la capacidad de detener, o siquiera alterar, esta tendencia histórica.

Por ello quiero detenerme en alguna consideración sobre el Romanticismo. Este movimiento también el más vasto y complejo del espíritu occidental en los últimos siglos, surgió, según es fama, como una reacción ante el racionalismo triunfante. Fue porque la luz inundaba ya los ámbitos de la vida humana, por lo que Novalis escribió *Los himnos de la noche*, el toque de clarín del Romanticismo. Su intención era nítida. ¿Qué ser vivo dotado de sentidos —se pregunta Novalis— no ama por sobre todas las cosas a la luz, a esa divina claridad que todo lo colma y lo desnuda? Y después de decir estas cosas añade: Pero me vuelvo hacia la noche misteriosa y antigua, dueña de un poder más profundo. Comienza entonces a celebrar los dones de la noche, todo aquello que permanece en la oscuridad de lo insondable y de lo inexpresable. Desde antes, pero sobre todo a partir de entonces, el Romanticismo extendió por Europa y América su manto nocturno, protector y ayudador, y se dio a la tarea de recordarnos la existencia de una realidad más vasta que aquélla en que nos encerraba el Positivismo. Podrá la razón excluir de su discurso y aún de su consideración todo lo que no sea claramente explicable en su origen, medible en su extensión, previsible en su funcionamiento y expresable mediante un sistema de fórmulas racionales, pero aunque no sepamos explicarlo ni medirlo, ni preverlo o controlarlo, existen el dolor y la enfermedad, el terror y la imaginación, el amor, la locura y la muerte; existen las esperanzas y los presentimientos, los sueños y los delirios, lo demoníaco y lo divino, Así emprendieron, no sólo la reivindicación sino la exaltación de ese orbe de pasiones y misterios que constituye para el hombre el tejido inextricable de la realidad. Para el Positivismo triunfante todo lo no cuantificable puede ser deleznable, para la estadística bien pueden no existir muertos sino índices de mortalidad, bien pueden no existir seres destruidos por la sociedad y en miseria sino insensibles índices de pobreza; pero el universo real está lleno de dolores reales y de terrores reales, de pesadillas más intensas y memorables que cualquier hecho, y de dramas más azarosos e inexplicables que cualquier pesadilla. Cuando parecían cerrarse para el espíritu las ventanas y los respiraderos de la realidad, los Románticos abrieron por la fuerza no sólo las puertas que daban a los campos donde seguía alentando, llena de milagros, la naturaleza inmortal, sino también las claraboyas y las trampas que daban

a los sótanos inexplorados de la conciencia, túneles y pasadizos que el mundo ya no quería mirar.

Alguien dirá que es un esfuerzo bienhechor el procurar excluir del mundo todo aquello que no logramos comprender y que no sabemos bien cómo controlar. Pero los monstruos no desaparecen porque apartemos la vista de ellos, y la pretensión del Positivismo de desterrar lo oscuro, confuso e inexplicable mediante el recurso de lo que llaman los filósofos la "*Praecisio Mundi*", la precisión del mundo, la adopción de un lenguaje que ignore todo lo que no puede razonar, equivale al patético ejercicio de un niño asustado que, en la noche, para no ver la oscuridad, toma la decisión de cerrar los ojos. Aquí está el triunfo del racionalismo y he aquí que no consiste en el reino de la sensatez, de la cordialidad y de la claridad sino en el desbordamiento de las pasiones y casi nos sentimos tentados a decir, el desencadenamiento de los demonios. He aquí que un montón de fuerzas desconocidas se enseñorean sobre la historia, y los sabios que predicaron y profesaron la razón agotan sus cerebros preguntándose de dónde viene tanto estruendo. Si las fantásticas figuras chinas estaban ya bajo control, ¿qué demonios son éstos? Y creemos oír la voz de Novalis (de aquel joven asombroso y exquisito, que murió a los 29 años, dejando al mundo lleno de perplejidades) exclamando desde las postrimerías del siglo XVIII, que "en ausencia de los Dioses reinan los fantasmas".

El Romanticismo no fue, por supuesto un sistema, ni obedeció a un programa. Surgió de ese mismo fondo oscuro del que surgen los grandes problemas y la grandes soluciones de la especie. Fue una época de pasión y de exaltación, de improvisación y de ritmo. Fue un torbellino salvaje que elevó a una multitud de jóvenes fervorosos y geniales a las mayores alturas de la inspiración y del heroísmo, y que después los hundió de nuevo en su confín de sombras. La porción de tiniebla bienhechora que le arrebataron al cielo tuvieron que pagarla a un precio muy alto, y no sé si la humanidad habrá sido consciente de ese tributo que le hicieron las generaciones románticas.

Aún nadie ha respondido muy bien por qué morían tan jóvenes, dejando sin embargo obras espléndidas, más memorables y a menudo más vastas que la de muchos hombres que alcanzaron la madurez y la ancianidad. En Francia, en Inglaterra y en Alemania, las mismas tierras donde había prosperado la razón, empezaron a alzarse las voces, las música, las imágenes y las formas de esa nueva sensibilidad, trastornada por un sobresalto de fugacidad y de maravilla, llena de un súbito misticismo ante la gravedad y la enormidad de la naturaleza, encorvada en la nostalgia de edades más ingenuas, más llenas de energía y de fe. Keats se arroba en la celebración del solitario canto del ruiseñor en los bosques nocturnos y escucha en él el himno de la inmortalidad de las especies, o se detiene a oír la voz silenciosa de las edades muertas, que teje promesas todavía en los frisos del mármol que bordean las urnas ceremoniales; Shelley utiliza la voz de los elementos para llamar a la rebeldía y a la renovación de los tiempos; Wordsworth se esfuerza por llenar el presente de

sentido trascendental y por mitologizar el paisaje; Byron transforma su vida entera en una vistosa sucesión de pasiones y músicas; Víctor Hugo construye sus grandes monumentos verbales; Gerard de Nerval lee en los signos de su tiempo no sólo la evidencia de una gran desdicha, la soledad que ha dejado en el espíritu la muerte de los grandes sueños y el recuerdo de haber estado en torres hermosas y grutas de sirenas, sino también el paso de un viento profético que anuncia el retorno de un orden sagrado; Novalis alterna la vindicación de la oscuridad con la redacción de una fragmentaria enciclopedia llena de vislumbres proféticas; Hölderlin cierra la enorme tarea con su invocación al retorno de lo divino, su invitación a la alianza sagrada con la naturaleza y su reivindicación del papel del poeta como mensajero de la divinidad.

Los románticos arrojaron una mirada nueva sobre el pasado: Allí donde los clásicos habían visto culturas ornamentales, como en Grecia, o épocas de tiniebla, como en la Edad Media, las generaciones románticas descubrieron un tesoro de culturas desconocidas, nuevas propuestas estéticas, olvidadas bellezas y terrores. Winkelmann había redescubierto a Grecia. Había encontrado ese costado sombrío, turbulento orgiástico que después de la cultura llamaría dionisiaco. Hölderlin, su gran discípulo, propuso al mundo una versión de Grecia donde los dioses ya no eran, como pensaba Schiller, Bellas figuras del país de las fábulas, sino poderes, estados del alma, verdades y destinos.

Para glosar un verso de Rubén Darío, los románticos comprendieron que Grecia: Se juzgó mármol y era carne viva. Y sólo por ese descubrimiento Hölderlin pudo presentir a esas divinidades futuras que son el corazón de su canto.

Pero se trataba ante todo de sacudir la corteza de la razón y de su escepticismo. Era el tiempo en que los hermanos Grimm se aplicaban a la recuperación de esa enorme saga medieval, los cuentos de hadas: la espontánea expresión del alma colectiva en una edad de grandes conflictos espirituales. De una mirada sobre la incalculable riqueza de la Edad Media, con sus herejías y sus brujas, con sus castillos y sus reyes, con sus leyendas de caballería y sus damas ideales, con sus aquelarres y sus místicos, con sus bibliotecas llenas de espectros y sus noches llenas de diablos, con sus cruzadas y sus cantos litúrgicos, con sus lujurias y sus catedrales góticas, con su Julián Hospitalario y su Francisco de Asís, con los cielos cristalinos de Dante y los penitenciales infiernos del Santo Oficio, se nutrió la imaginación del romanticismo. Todo era bueno para ser recreado, Tristán e Isolda, la espada rota de Sigmundo, los avariciosos dragones del norte, los diálogos de Juana con las voces del bosque de Domremy, y aquellas incontables criaturas; ángeles, brujas, duendes, unicornios, elfos y silfos, monstruos, hidras, demonios, náyades, ninfas, quimeras, espectros, gnomos, gigantes, y fuegos fatuos. Pero esas criaturas, trivializadas hoy por el comercio, fueron tratadas por aquellos hombres con una intensidad asombrosa: por una vez se creyó en ellas, como seres y como sentimientos, como encarnaciones del terror o de la maravilla. Basta leer un relato tan bello tan delicado como Ondina, de Frederik de La Motte Fouqué, o los cuentos de Hoffmann, para sentir que aquellas

cosas conmovían y aterraban a sus autores, que no eran como hoy triviales convenciones hechas para el consumo por fabricantes insensibles.

Pocos hombres tan representativos del romanticismo como el norteamericano Edgar Allan Poe, cuya figura de ebrio y alucinado suele perdurar en la memoria. Es Borges quien cuenta que cuando Poe fue acusado de imitar los cuentos de Hoffmann, contestó: “El horror no es de Alemania, es del alma”. Lo mismo podrían haber dicho Novalis de la belleza, Beethoven de la pasión, William Turner del deslumbramiento, Caspar David Friedrich de la reverencia, Whitman del entusiasmo, Hölderlin de la divinidad. A diferencia de los surrealistas, que pocas veces escaparon a una mera rutina de comercio y desplantes, los románticos marcaron profundamente su época, contagiaron a las multitudes con sus sueños y sus imaginaciones, fueron el alma de un mundo, y largamente perduró su influencia en los hábitos mentales y en la sensibilidad de los pueblos.

Pero el mundo avanzaba, o retrocedía, había regiones más áridas. Hoy podemos pensar que el romanticismo fue una época, pero que fue ante todo un augurio. Podemos compararlo, siguiendo un verso de Milton, con esos primeros brotes de la primavera que son arrasados por las últimas ráfagas del invierno. El presentimiento del futuro acallado por las fuerzas de la tradición. Pero dirá alguno, ¿en qué puede parecerse al futuro esa edad encorvada por la nostalgia, ebria de visiones antiguas, una edad que parecía querer dar marcha atrás a cada instante, una edad insomne e hiperestésica llena de jóvenes sombríos, de fiebres y de pesadillas? ¿Qué puede prometer para el porvenir algo tan ensombrecido de Edad Media, tan afligido de ruinas, tan confundido de fantasmagorías? ¿No se parece más a la enfermedad que a la salud? ¿No se parece más al pesimismo que a la esperanza?

Es tal vez allí donde se encuentra el principal secreto del romanticismo. No hay edad de la vida donde haya más llanto y más fiebres que en la infancia, no hay edad más agitada de terrores, más impresionante y más crédula. Y sin embargo, no hay vitalidad mayor que la suya. Esa credulidad, que es una forma de la inocencia, puede ser más saludable que el escepticismo y la suspicacia que caracterizan a nuestro tiempo. Hoy es forzoso creer sólo en la evidencia, pero esa evidencia no es más que una ilusión. Es forzoso no creer en milagros, y sin embargo en lo único que se podría creer es en milagro. Nuestro problema es que somos demasiado sensatos, demasiado cuerdos, demasiado precisos.

Algo nos ha sido quitado y ese algo es el asombro ante lo inexplicable de la realidad. No asombraría ver flotar un peñasco, pero no nos asombra ver flotar al planeta. Nos inquietaría que una casa no terminara nunca, pero no parece inquietarnos que el universo se prolongue sin fin. Nos parece que una cosa deja de ser misteriosa por el hecho de que se la enmascare en fórmulas matemáticas. Y esto me recuerda una reflexión de Chesterton: “Contra quienes afirman que el universo fue milagrosamente creado de la nada se levanta la teoría científica moderna, que demuestra que no se trató de un hecho súbito sino de un proceso lento y gradual de

evolución y complejización de la materia”. Y entonces Chesterton añade: “¿Y a quién se le ocurre que un milagro deja de ser un milagro por el hecho de que se lo difiera en el tiempo?”.

Lo fundamental de los románticos no son sus temas sino su actitud. Por ello tienen razón Bertrand Russell. El romanticismo fue una actitud vital, una edad de sueños y de ideales, a sus hombres no les llenaba la vida el movimiento de los mercados o las noticias de actualidad, tenían como diría Rubén Darío: “Hambre de espacio y sed de cielo”, tenían ansia de eternidad, y eran infinitamente capaces de soñar, de creer, y de entregar su vida a esos sueños. Byron creyó en la libertad, y por ese sueño murió a los 36 años en los pantanos de Missolonghi. Keats creyó en la belleza, a ese sueño le dio su vida y de esa fe están llenos sus versos. Al final de la Oda a una urna griega, nos dice que la verdad es la belleza y que la belleza es la verdad, y que nada más necesita el hombre saber. Y en uno de sus sonetos fundamenta sabiamente esa suerte de religión de la belleza que ha propuesto.

A thing of beauty is a joy forever.
[Una cosa bella es alegría para siempre.]

No sé si sea preciso insistir en que esta edad de razón es edad de desilusión. Se necesitarían muchas drogas para producir en el hombre un entusiasmo comparable al que pueden producir una fe o una causa. El hombre es poca cosa cuando no se lo mira como un propósito, cuando se lo reduce a un solitario y pasivo consumidor aletargado por el ideal del confort.

Después del largo recorrido de la sociedad moderna, con su urgencia y sus máquinas, con su utilitarismo y su eficacia, con sus drogas industriales que alivian y sus ciudades industriales que enferman, con sus cultos de salud, de la juventud y de la belleza que en realidad tienden a ser sólo desesperación y fascismo, con sus supermercados frenéticos y sus espectáculos; después del largo recorrido que nos trajo hasta esta conmovedora y siempre frustrada avidez de goces intensos que se llama drogadicción, hasta este ciego conflicto entre la arbitrariedad social y la arbitrariedad individual que se llama terrorismo, hasta este reino positivista del sexo despojado de toda espiritualidad y vendido como mercancía que se llama pornografía, hasta este desamparo del ser a la vez hastiado y hambriento que se llama sociedad de consumo, nos volvemos hacia los románticos para descubrir en ellos nuestra grandeza perdida. “He ahí un hombre”, dicen que dijo Napoleón en un salón de Weimar señalando al consejero Wolfgang Goethe. Y eso es lo que los hombres de hoy podemos exclamar al mirar aquellos soñadores ardientes, todos lucidez y todos pasión, que entendieron que la razón es un instrumento esencial para prevalecer en el mundo pero que no puede ser el fundamento de nuestra relación con el mundo:

*El hombre es un dios cuando sueña
y sólo un mendigo cuando piensa*

escribió Hölderlin al comienzo de su *Hyperión*. Y para que nadie creyera que él, discípulo de Fichte en Jena, interlocutor apasionado de Hegel y Schelling en su cuarto de estudiantes en Tubinga, pensativo lector de Kant y de Platón, era un mero desdeñoso de la inteligencia o alguien que descuidaba la importancia del pensamiento, dejó escritos en un poema sobre Sócrates y Alcibiades, estos versos:

*Quien ha pensado lo más hondo
ama lo más vivo.*

En ese sentido, la razón no puede ser un criterio final de valoración del mundo. Pero cuando ella se agota y nos deja la evidencia de que nunca sabremos plenamente el significado, el origen, la composición y los propósitos del universo, siempre nos queda el amor por la vida, más fuerte y lleno de gratitud cuanto más inexplicable resulte ser ésta. Y allí, en el lugar donde se cansa el viento, donde la razón encuentra sus límites, allí comienza lo divino, y la función del arte es revelarlo, hacemos sensibles a su presencia y a su influjo, avivar nuestra gratitud.

Ésa fue la función que cumplieron los románticos, renovar a comienzos de la edad moderna, los lazos vitales que nos unen con el misterio, con la divinidad y con la naturaleza inmortal, y dejar flotando sobre los espíritus, cuando ya crecían los desiertos del utilitarismo y del sinsentido, un recuerdo de altos destinos y un ejemplo de aventuras audaces, para que algo sagrado y poderoso pudiera acudir en nuestra ayuda a la hora de los grandes eclipses.

Ahora necesitamos sueños y propósitos. Los males que imperan sobre la civilización y que crecen sin tregua día a día, exigen soluciones audaces, originales destinos. Aún no sabemos qué rostros asumirá lo divino en los tiempos que llegan. Aún no conocemos el texto de las nuevas leyes que deben asegurar nuestra supervivencia y nuestra libertad. Pero de las incontables generaciones humanas sólo nosotros estamos aquí, ante este desafío. Ya intentaron en vano el Cristianismo y los positivismos seducir al hombre con una teoría de vagos futuros luminosos para que aceptaran su penuria presente, Pero, como dijo Whitman:

*Nunca hubo más principio que ahora
Ni más juventud ni vejez que ahora
Ni habrá más perfección que ahora
Ni más infierno ni cielo que ahora^[*].*

Es aquí, en estas calles y en estas esquinas, donde la historia espera nuestra respuesta y la vida espera nuestros hallazgos.

Quiero hacer una última consideración. Siempre nosotros, los hijos de esta región del mundo, aprendimos a mirar la historia como algo distante y ajeno. Podíamos hacer nuestra aquella afirmación de Rimbaud:

*La verdadera vida está ausente,
no estamos en el mundo.*

La historia era un asunto de pueblos prestigiosos y de civilizaciones ilustres. Nosotros, desde las orillas, veíamos a lo lejos las bengales y los naufragios, oíamos el fragor de los combates, y nos sometíamos a sus resultados. Pero he aquí súbitamente ahora, en los salvajes tiempos de Nihilismo, la historia ha echado a andar por nuestras calles y ya no somos testigos remotos sino protagonistas y víctimas de los grandes dramas de la época. Ahora no podemos dejar en manos de otros la búsqueda de caminos para la humanidad. Todos sabemos, ya sin duda alguna, que aquí está el peligro. Y sólo nos queda confiar en la verdad de aquellos versos de Hölderlin:

*Allí donde crece el peligro
crece también la salvación.*

LAS TRAMPAS DEL PROGRESO

Es fama que cuando Sigmund Freud se enteró de que sus libros habían sido quemados por los nazis, exclamó: “¡Cuánto ha avanzado el mundo: en la Edad Media me habrían quemado a mí!”. En realidad el mundo no había avanzado; millones de hombres entraban en los hornos del fascismo, para convertirse en cenizas, y muchos otros iban siendo cambiados en escombros de humanidad por las prácticas de humillación y degradación de aquella ideología tan singularmente moderna. Las palabras de Freud quedarían como una gran ironía sobre su época, y el mundo saldría de los infiernos de la Segunda Guerra Mundial, a tratar de purificarse de sus males por el camino de encarnarlos en unos cuantos abominables demonios.

El siglo XIX, buen hijo del Renacimiento, de la Ilustración y de los otros racionalismos, había erigido al Progreso en el gran dogma de los tiempos modernos. Si algo no admitía réplica ni duda era la evidencia de que el mundo progresaba. La servidumbre era mejor que la esclavitud. El trabajo asalariado mejor que la servidumbre. Y al fondo de esas menguantes penurias se insinuaba el paraíso de la sociedad fraternal, último peldaño de un progreso que nos había arrancado de la condición animal para exaltarnos en la especie superior, administradora, como los marmorarios egipcios, “de los dones del Cielo, de la Tierra y del Nilo”. Los humanos éramos las criaturas superiores de la naturaleza, y ya liberados por la razón podíamos sentirnos, como había dicho Hamlet, semejantes a los ángeles y comparables a los dioses.

Es verdad que parecía haber una contradicción entre el carácter incesante de ese progreso en el pasado y la expectativa de un desenlace feliz que lo haría finalmente innecesario. Una vez alcanzada la sociedad ideal, ¿hacia dónde progresar? Pero la felicidad no es objeto de crítica. Quedaba aún demasiada desdicha en el mundo, y todas esas preguntas podían quedar para después.

La idea del progreso fue la luz del siglo XIX. En ella creyeron los necios y los sabios. Hegel era su portaestandarte. Los cañones de la Revolución Francesa habían sido sus clarines. La ciencia era la encargada de abrir y ampliar sus perspectivas. La técnica, de profundizarla. La industria, de hacerla evidente para todos. ¿Quién podía negar que nunca se habían descubierto tantas cosas, se habían inventado tantas, se había cambiado tanto el mundo?

Por supuesto que la idea no era nueva. No hay ideología que no se haya postulado en la historia como la gran conquista que supera y abruma todo lo anterior. El Cristianismo había superado la impiedad de los cultos paganos y de nada valieron las solitarias objeciones de Juliano el Apóstata. El sueño gibelino del Gran Imperio superaba las dispersiones y las estrecheces aldeanas de la Edad Media. El aristotelismo de Tomás de Aquino superaba al espiritualismo de Agustín. La edad de los descubrimientos había ensanchado el horizonte del hombre, y el hallazgo de

América había completado la nueva idea del mundo. Incluso, la conquista de América había sido el ámbito perfecto para que la civilización occidental confirmara su sensación, no sólo de que existía el progreso sino de que ella era su impulsora y su guía. Progreso y desarrollo era lo que traían los pueblos civilizados a los salvajes buenos y malos de las nuevas tierras de Dios.

La historia, pues, había alimentado aquellas certezas, y el siglo XVIII acabó de afirmarlas. Por ello no deja de sonar extraño que en sus torbellinos de luz se alzaran a veces ciertas nubes oscuras. Contrasta con el optimismo de la Ilustración, que sería la fe de la Revolución, aquella frase de Voltaire:

*Dejaremos al mundo tan malvado y
Estúpido
Como lo encontramos al llegar.*

Contrasta también el espíritu de Swedenborg quien después de haber sido cultor de las ciencias instrumento del progreso y de sus guerras, derivó hacia la intemporalidad del misticismo y hacia la compleja postulación de una ética universal.

Pero esas lucideces y reticencias no podían contener el ímpetu de los tiempos, y la llegada de la Revolución Industrial instaló definitivamente al Progreso en uno de los tronos más firmes de la era moderna. Hasta Románticos como Víctor Hugo creyeron en él y lo exaltaron. Todo el que había sufrido alguna ofensa de la tradición podía encontrar en el progreso su vindicación y su venganza. Todo iba a cambiar; nada, por fortuna sería como antes. Fue Rimbaud quien dijo: “Hay que ser absolutamente moderno”. Es muy posible que creyera que su poesía era realmente ese manifiesto de la modernidad, ese progreso que dejaba atrás las “vieilles enornités crevées” de los clásicos. Pero pensar que hay progreso en el arte, en la música, en la poesía, es simplemente uno de los errores más extendidos y más dañinos de la crítica. De veras se cree a veces que a una obra de arte se la puede rechazar por no ser moderna, como otros piensan que se la puede rechazar por serlo. Pero estas actitudes desplazan la discusión estética a un terreno demasiado irreal. Lo que hace valiosa a una obra no es su actualidad sino su intemporalidad, su capacidad de tener sentido para gentes de muchas culturas y de muchas épocas distintas. Si alguien escribiera hoy como Homero o como Dante tendría que ser aceptado y apreciado, ya que el valor estético de una obra corresponde a su verdad interna, a su coherencia orgánica, y no se debe a ninguna condición exterior. Bien dijo Borges que los decorados voluntariamente modernos de los poemas de Apollinaire ya nos parecen anticuados, y en cambio las vislumbres y los sentimientos de Rilke, hombre que nunca se propuso ser moderno, siguen pareciéndonos actuales, es decir, eternos.

No hay progreso en el arte. Los dibujos de Picasso no son superiores ni más avanzados que los que hizo en las paredes el huésped de Altamira. Molière no es

superior a Sófocles ni Rodin a Fidias. Cada obra de arte propone su propio ideal, establece su propio nivel de excelencia, y no refuta ni supera otras obras. Ello no sólo es razonable sino justo. Sugerir que los humanos del siglo xx percibimos mejor la belleza del mundo, captamos mejor su extrañeza y lo celebramos necesariamente mejor que los humanos de otras épocas, es casi como postular que las rosas de Nueva York son mejores que las rosas de Persépolis, es postular una discriminación cósmica, una suerte de creciente beatitud a expensas del pasado.

La teoría de la evolución es una de las causas de esta idea. En su formulación corriente, la evolución se plantea como un proceso incesante de depuración y superación de estados previos de la materia y de la naturaleza. A pesar de que todos sabemos que el pueblo monumental de los dinosaurios fue borrado en poco tiempo de la faz de la tierra, todavía se habla de la supervivencia del más fuerte en la lucha por la vida. Pero lo que la teoría parece sugerir, es que todos esos estados previos de la naturaleza y de la vida son algo así como tanteos fallidos en la búsqueda de esa perfección que hoy la especie humana cree encarnar.

Lo cierto es que durante siglos nuestras religiones y nuestras filosofías jugaron al juego de que éramos una suerte de viajeros astrales de escala en el planeta. A diferencia de las piedras, teníamos sentidos. A diferencia de las plantas, teníamos movimiento autónomo. A diferencia de las bestias, teníamos inteligencia, lenguaje. A diferencia de las tribus salvajes, evidentemente animales, teníamos alma. Todo nuestro esfuerzo consistió durante siglos en diferenciarnos del mundo, y eso nos permitió obrar como mágicos extranjeros, harto distantes de los simios a quienes tanto nos parecíamos, bastante afines a los ángeles, que en bien poco se nos parecen.

Por eso, cuando empezamos a aceptar que pertenecíamos a la tierra, la principal preocupación parece haber sido la de explicar por qué éramos distintos y mejores, y la evolución surgió como la fórmula perfecta para, aceptando nuestros orígenes, confirmar nuestra supremacía. Toda diferencia suponía una superioridad a favor de lo humano. La hormiga podía ser más laboriosa y más previsora que el hombre, pero el hombre era superior porque era más fuerte y más grande. El elefante podía ser más fuerte y más grande, pero el hombre era superior por cualquier razón oportuna: inteligencia, ingenio, astucia, tal vez, incluso, por ser más laborioso y más previsor.

Pero ¿supone en realidad la evolución un progreso? ¿Son superiores las alas a las aletas? ¿Los pulmones a las branquias? ¿Es el hombre mejor que las otras especies? Hasta hace algunas décadas no sólo serían afirmativas las respuestas sino que las preguntas mismas parecerían inoficiosas. Hoy, la sospecha de que nuestra especie es la más peligrosa plaga que haya engendrado el planeta nos tiene hundidos en un misterioso estupor, y nadie sabría decir qué rumbo seguirá la civilización.

Hay quien afirma, sin embargo, que la especie, ávida, codiciosa, salvaje, fraticida, persistió durante milenios en sus conflictos y sus esfuerzos sin poner en peligro los fundamentos del mando y los órdenes del universo, y que es sólo la exaltación del saber humano, el triunfo de la razón, de la ciencia, de la técnica y de la

industria, lo que nos ha puesto en condiciones no sólo de destruir la civilización sino de arrastrar en nuestro naufragio al resto de la ingenua y mágica naturaleza, cuyo atributo más evidente es la inocencia.

Corriendo como los gamos sobre la supera la tierra, excavando como los topos sus entrañas, sumergiéndose como los peces en las profundidades, remontando como los pájaros el aire planetario, llegando como ninguna otra criatura más allá de la atmósfera, el hombre ha rivalizado con todos los seres en el dominio de este mundo, ha hecho del planeta entero su reino, y es asombroso vernos no sólo alimentándonos de toda criatura sino cabalgando los potros más recios, gobernando desde su lomo a los enormes elefantes, conduciendo vastos rebaños, dirigiendo manadas de búfalos, recibiendo las presas que traen del cielo los halcones, haciendo saltar dócilmente a los tigres feroces a través de aros de fuego, haciendo que los osos inmensos hagan piruetas sobre balones de colores, convirtiendo a los monos cordiales en penosas caricaturas de humanos.

En todo esto hay ingenio, laboriosidad y evidente capacidad de dominio. Pero hay también no sé qué margen de crueldad insensible, de irrespeto por un orden misterioso que siempre se portó ante nosotros con la elemental lealtad de quien se somete a unas leyes invariables. En el fondo de nuestra inteligencia una espesa niebla de estupidez hace que utilicemos nuestro talento casi siempre para atroces designios, hay un extraño placer en dominar a los otros, sean animales o humanos; hay -decía Montaigne- “una punta de agridulce voluptuosidad” en provocar el sufrimiento ajeno. Y por otra parte, la docilidad, la inocencia y a veces la pasividad de las criaturas, suelen verse como pruebas que merecen ser dominadas. Pareciera que el hombre es incapaz de respetar lo que no le oponga resistencia y lo que no ejerza violencia. Así, la doctrina pacifista de Cristo sólo fue acogida por la humanidad después de aplicar sobre su fundador el debido castigo de la cruz. Y, muy a la humana, esa doctrina sirvió después para enmascarar y disimular las peores crueldades, las guerras más intolerantes y más despiadadas.

Pero el hombre, que ha podido dominar el mundo y sojuzgar a sus semejantes, no parece tener poder sobre sí mismo, y ésta es la hora en que sus inventos han tomado un impulso irresistible y no parecen ya ser gobernados por la voluntad de su creador. El hombre ha concitado poderes que no parece estar en condiciones de dominar, y la fábula del Aprendiz de Brujo del poema de Goethe, que hace cincuenta años nos divertía en los dibujos animados, hoy parece adquirir los perfiles de una gigantesca tragedia.

Ya no es tan evidente como antes que el hombre sea la criatura superior de la naturaleza, que su puesto deba ser el de dominador y de rey. Ya no parece tan evidente que toda evolución lo sea realmente, es decir, comporte un progreso. No parece tan evidente que las diferencias de ciertos órdenes entre las especies impliquen algún tipo de superioridad y autoricen la dominación, la depredación, la aniquilación de los otros. En el orden meramente natural la llamada evolución modifica y adapta

los seres a otras condiciones, pero no parece ascender hacia la formación de un tipo superior de vida en la tierra, y aunque así fuera, no parece ser el hombre ese milagroso vástago del largo y accidentado proceso.

Pero la mentalidad moderna no sólo supone que el hombre es la criatura perfecta, que todo debe definirse con respecto a ella, que el planeta es su depósito ilimitado e inagotable de recursos, que el futuro es el escenario exclusivo de su confort y de su felicidad, que todos los órdenes de la vida le deben sumisión y tributo, y que toda la materia le está irrestrictamente ofrecida, sino que ha convertido la ilusión del progreso natural en el fundamento de otra ilusión: la de que todo en la historia está gobernado por la ley del progreso.

Así, cada invento de la modernidad nos llega como sacralizado por la idea de que toda novedad supone un avance. Nadie duda que los autos de hoy son mejores que los autos de ayer: pocos piensan que la proliferación de los autos está cambiando por un plato de orgullo y comodidad el oxígeno del planeta y el derecho a la capa de ozono.

Parece que les debiéramos gratitud a las fuerzas que construyen nuestro patíbulo. Parece que debiéramos gritar “Bienvenido el progreso”, cada vez que surge una nueva tontería o una nueva atrocidad. Si el vértigo de la moda encadena a las juventudes del planeta a una frenética servidumbre; si las ciudades crecen sin control y sin previsión, deslumbrando a los inmigrantes con promesas cada vez más irreales; si para salvar los rendimientos del capital los pesticidas envenenan los campos; si las industrias militares trabajan día y noche para producir cada vez más sofisticados instrumentos de muerte; si transformamos sin reflexión la materia del mundo en sustancias inertes incapaces de volver al cielo de la naturaleza; si multiplicamos los monstruosos escombros no biodegradables, bienvenido el progreso. Si la técnica y la industria nos imponen un ritmo cada vez más desaforado y urgente en la vida, en el trabajo, en los viajes, en el placer, en la música, un ritmo que excluyó lo divino y que pronto excluirá lo humano, bienvenido el progreso. Si el universo imperativo de los mensajes comerciales invade sin tregua el espacio y la mente; si la escuela sustituye cada vez más la relación viva con el mundo por un discurso autoritario y fósil que usurpa el lugar del conocimiento; si los ociosos inventos de la tecnología nos hacen cada vez más pasivos, más sedentarios y más inmóviles; si la manía de la especialización nos arroja cada vez más inermes en manos de técnicos cada vez más obtusos; si la ciencia explora las entrañas de la realidad y manipula amenazadoramente el universo de los dioses sin respeto y sin escrúpulos, bienvenido el progreso.

No hay ya novedad que no quiera imponerse por ese camino. Supongo que alguna vez las cosas tuvieron que probar su utilidad antes de ser aceptadas, ahora parece bastar que alguien las anuncie como algo nuevo y que alguien las venda como algo ventajoso. Así han logrado invadirnos, no siempre transitoriamente, cosas que cualquier mente sensata rechazaría si el prurito de la novedad no inhibiera la reflexión. Todavía se ve por ahí, deprimente y siniestra, la vegetación de plástico que

fascinó a los humanos hace pocos lustros. No debieron faltar los que creyeron que por fin el progreso nos daba plantas y flores que no era necesario cuidar ni regar. Todavía se ve por ahí esa lechosa y espectral iluminación que pone en todo espacio una tristeza de hospital o de cárcel.

La diversidad de los pueblos y de las culturas tiende a ser borrada por el auge de una cultura internacional de jeans y camisetas y chicles, de cuñas comerciales homogéneas, de espectáculos planetarios masivos, de noticias idénticas; día a día se sustituyen tradiciones ricas y curiosas, trajes complejos y llenos de sentido, bebidas, leyendas, un universo profuso y profundo arraigado de mil maneras distintas en la tierra nutricia, por una sola expresión casi siempre evanescente y trivial.

Como los caudillos militares, el capital se complace en borrar diferencias y uniformar a los hombres. Cuando ya no seamos más estos millones de rostros singulares expresando cada uno un pasado, un carácter y un alma, sino el mismo ser insensatamente repetido hasta el vértigo, habrá alcanzado su plenitud esta curiosa tendencia moderna que llama progreso a perder todas nuestras conquistas civilizadas, a diluir en unos cuantos colores impuestos la infinita variedad de los matices del espíritu humano. Así se irá cumpliendo la melancólica afirmación de aquellos versos de Emerson según los cuales el hombre declina:

*Renunciando a su mundo estrella por
estrella*

Es posible que algunas invenciones de la época puedan generar, por su novedad o su practicidad, la ilusión de un progreso. Aviones cada vez más veloces pueden generarnos la ilusión de un inmenso poder sobre las leguas y los reinos, aunque no debemos ignorar que vivieron mejor la aventura del mundo hombres como Alejandro o Marco Polo, que los afanosos ejecutivos de hoy, yendo cada día de idéntico avión a idéntico hotel y de allí a idéntica sala de juntas en confines del mundo a los que no consideran necesario explorar porque ya conocen sus cifras estadísticas. Pienso también en esos atléticos turistas orientales que descienden a prisa de los autobuses para turnarse velozmente ante la cámara junto al edificio o el mármol correspondiente, y que velozmente se alejan con su botín de memoriosas fotografías que otro día les dirán donde estuvieron.

Para seres poseídos por la enfermedad del rendimiento, qué progreso las máquinas que abrevian los procesos. Para músicos cuyo trabajo exige cada vez más piezas y más rentables, qué progreso un aparato que sustituya veinte instrumentos y a sus respectivos intérpretes por un solo programa de informática. Nadie parece deplorar que por el camino de ese progreso se haya perdido el viejo deleite de hacer las cosas, veinte maneras distintas de producir sonidos armoniosos, las voces brotando de las maderas y los metales, los matices que ponen las almas al pulsar

aquellos hermosos objetos. Prescindir de la riqueza de los procesos, del placer que provocan, del efecto bienhechor que obra sobre los espíritus la lenta elaboración de las cosas, y preferir sólo la rapidez de los resultados: a ése ápice de la renuncia nos trajeron los tiempos. Hay quien piensa que es mejor escuchar discos que voces vivas; ver pequeñas figuras de luz que viven previsible peripecias en la pantalla que conversar con seres de carne y hueso llenos de conmovedora e impredecible humanidad.

Pero la irrisión de la idea moderna del progreso se desnuda mejor en ciertos detalles aparentemente minúsculos. En el auge de las cosas que ahorran esfuerzo físico y mental; en el auge de una cultura del derroche que invierte el esfuerzo de miles de seres en cosas cuya función es durar un instante, cosas que parecen marcadas por el deber de la inmediata caducidad, cosas cuyo uso no puede repetirse. Un melancólico vaso plástico sería el símbolo perfecto de esta época derrochadora y superficial si no compitieran con él los dos bastones simbólicos de nuestra declinación: esa calculadora portátil sin la cual ya no somos capaces de sumar los minutos que ahorramos usándola y el poliédrico control remoto que ha llevado nuestra inmovilidad doméstica a unos grados de perfección insospechados.

Si existiera necesariamente el progreso, el mundo no habría llegado desde el siglo de Adriano hasta el siglo de Hitler, de la mente universal de Francisco de Asís a esas monstruosas mesas con patas de elefante que se exhiben en ciertos almacenes de decoración, de los genocidios de Gengis Kan a los genocidios de Pol Pot. Avanzar y retroceder en caprichosas e indóciles oleadas parece haber sido el destino de la especie humana, extrañamente desprendida del orden natural para erigirse sin mayores títulos en dueña del mundo y árbitro y verdugo de las especies. Pero esa idea de que el progreso es algo evidente y necesario sobre todo nos aturde para pensar en la posibilidad de algún progreso real, es decir, fruto del esfuerzo y no de la inercia, de la previsión y no de la fatalidad.

Hasta hace muy poco la división del mundo en naciones desarrolladas y naciones en vías de desarrollo hacía evidente la idea de un avance lineal que, mediando el suficiente esfuerzo y la suficiente abnegación, llevaría a nuestras naciones bárbaras al esplendor de la industrialización, de la opulencia y de la cultura. Hoy la expresión “en vías de desarrollo” más podría ser una amenaza que una promesa, pero la triste verdad es que el mundo es uno solo y las semillas de la catástrofe están bien repartidas. La monotonía general del esquema de vida de las sociedades ricas, con sus únicas opciones de trabajo y consumo, droga y superstición, pasividad y espectáculo, tiene su correlato en la postración de las multitudes en las sociedades pobres, con sus indigentes que crecen, sus mayorías excluidas, su auge de la delincuencia y la violencia. Cada fenómeno planetario tiene por lo menos dos caras: en el norte se llama derroche y en el sur se llama indigencia, en el norte se llama drogadicción y en el sur se llama narcotráfico, en el norte puede llamarse industria militar y en el sur puede llamarse guerra de guerrillas. Pero por lo menos ya es evidente que no hay dos

mundos y mucho menos tres sino uno solo, y que todo esfuerzo por resolver los problemas de unos sin pensar en los problemas de otros sólo será estupidez o mala intención.

Si el cuadro que vemos hoy en nuestro planeta es la expresión del progreso que anunciaron los gansos del siglo XIX, habría que decir que el mundo ha progresado ya demasiado, y que cualquier desviación o cualquier retroceso parece preferible a seguir internándonos por esos reinos sombríos. Lo que parece esperarnos en el futuro puede superar las previsiones ya harto pesimistas, de la ciencia ficción. Poca cosa son los dédalos de funcionarios de Stanislaw Lem, las profanaciones cósmicas de las expediciones de Bradbury, las todopoderosas corporaciones y los tenebrosos proletariados de Frederik Pohl, al lado de lo que prometen las mafias planetarias, el mercado callejero de energía nuclear, la proliferación de residuos radiactivos y las bodegas teratológicas de la ingeniería genética.

¿Puede la mera lucidez, ya en los umbrales del nuevo milenio, detener la carrera desenfrenada de los potros del progreso? Tal vez no sería imposible si la humanidad advirtiera que tras las seducciones de la publicidad, las provisiones de la industria, los prodigios de la ciencia, los refinamientos de la especialización y las maravillas de la técnica, subyace algo insensible y monstruoso, que adulando al hombre, predicando su confort y su supremacía, lo espolea hacia su ruina. Pero estilos demasiado asediados de tentaciones, demasiado absortos en esas pantallas, demasiado pasmados de hechos y de cosas, demasiado acosados por la necesidad o por el afán de poseer, y mientras tanto, fieles al mundo que deben acompañar, los relojes corren cada vez más aprisa.

EL CANTO DE LAS SIRENAS

Como el padre de Buda, la sociedad contemporánea parece empeñada en impedir que sus hijos se enteren de que existen la enfermedad, la vejez y la muerte. Al menos en Occidente cunde una suerte de religión de la salud, de la juventud, de la belleza y de la vida que contrastan con el carácter cada vez más dañino de la industria, cada vez más mortífero de la ciencia y la economía. El instrumento principal de este culto es la publicidad, que cotidianamente nos vende una idea del mundo de la cual tienden a estar excluidos todos los elementos negativos, peligrosos o inquietantes de la realidad. Bellos jóvenes atléticos y felices pueblan ese universo de papel y de luz donde nadie sufre tragedias que no pueda resolver el producto adecuado, donde nadie envejece jamás si usa la crema conveniente, donde nadie engorda si toma la bebida que debe, donde nadie está sólo si compra los perfumes o cigarrillos o autos que se le recomiendan, donde nadie muere si consume bien. Este curioso paraíso de bienestar y belleza y confort, tal vez no tiene parangón en la historia de las religiones, que siempre derivaron parte de su poder de recordarle al hombre sus limitaciones y lo patético de su destino. Pero yo me atrevo a pensar que aun las religiones más despóticas e indeseables se empeñaban en salvar al hombre, eran sinceras incluso en sus errores y sus extravíos, y en cambio, esta opulenta religión contemporánea no es más que la máscara infinitamente seductora de un poder inhumano, que desprecia ostentosamente al hombre y al mundo, y que ni siquiera lo sabe. Esta extraña potestad ha descubierto lo que descubrió Schopenhauer, que el destino del hombre no es más que una cadena de apetitos que siempre se renuevan, un anhelar que no encuentra jamás su saciedad definitiva, un girar eternamente en la rueda de la necesidad y en la ilusión de satisfacerla. Pero ese descubrimiento, que puede llevar a un filósofo a proponer la valoración absoluta del instante, el gozo de lo efímero, y la exaltación del deseo que “siempre recomienza” como el mar de Valéry, ha llevado a la industria a aprovechar esa condición humana para los atroces designios de una acumulación ciega y sórdida.

Los valores que la humanidad exaltó durante siglos como formas ideales o especialmente gratas de su existencia, la juventud, la salud, la belleza, el vigor, terminan siendo utilizados como señuelos para inducir a los hombres a un consumo cada vez más artificial e injustificado. Vemos a esas hermosas muchachas que vacilan entre el pudor y la ostentación, en la más tentadora de las fronteras; vemos esos jóvenes andróginos que copian los gestos de los mármoles clásicos; vemos esas parejas como sorprendidas en los umbrales del amor y el deseo; todo es allí tentación y sensualidad, todos esos cuerpos están ofrecidos, a la vez como promesas y como paradigmas de una vida plena y feliz en la que nunca cesa el ritual, donde la plenitud no tiene pausas, donde el amor no vacila, donde la vitalidad no fatiga y la belleza no parpadea, en su estudiosa eternidad de fotografías y películas comerciales, y nos parece que hay una legión de seres trabajando para nuestra felicidad. La magia

homeopática funciona. Llegamos a sentir que esa bebida gaseosa nos hará bellos, que esa crema nos hará jóvenes, que esa bicicleta estática nos hará perfectos, que ese alimentos nos hará inmortales; y nuestra existencia llena de imperfecciones, y vacíos, y soledades, parece tocar por un instante el incontaminado reino de los arquetipos. Pero pasa el consumo y la vida sigue su combustión y su desgaste. Renacen los apetitos y no acabamos de entender por qué hay algo en nosotros cada vez más insatisfecho, algo que parece cada vez más indigno y más derrotado. Tal vez nunca seremos tan bellos, aunque compremos todo lo que nos venden, tal vez nunca seremos tan saludables, tan serenos, tan exitosos, tan admirados, tan ricos. Las ilusiones que nos obligan a comprar se revelan inaccesibles, pero finalmente la falla no estará en los opulentos arquetipos sino en nuestra imperfección. La seducción nos toma por sorpresa aunque no ignoramos que la belleza, como todas las otras virtudes involuntarias, está bajo sospecha. Antes era más fácil saber dónde estaba la belleza. La habíamos aprendido de los mármoles griegos y del arte europeo, sus cánones estaban establecidos: correspondían a la imagen de las razas hegemónicas de la civilización. Ante esos modelos los africanos eran simiescos, los asiáticos pálidos, feos y enanos, los indios americanos toscos y grotescos, los mulatos deformes y los mestizos simples y triviales. Pero el nazismo desenmascaró definitivamente el error de pensar que de verdad ciertas características físicas comportan algún tipo de superioridad morfológica, intelectual o moral. Hemos visto a los pueblos famosamente más civilizados de la tierra profesando teorías estúpidas y secundando crímenes fundados en las más ineptas especulaciones. Y hemos comprendido varias cosas: que cada tipo racial compone su propio ideal de belleza; que las razas puras, con sus modelos de belleza, no son más que curiosidades geográficas; que los crecientes mulatajes y mestizajes de todos los pueblos hacen de la belleza algo mucho más amplio, diverso y cambiante; y que la belleza misma, con todo su poder sobre la cultura, debe estar subordinada a la ética y no puede exaltarse como un valor absoluto y autónomo. Creo que hoy podemos afirmar que todo culto por la belleza física lleva en sí como unas gotas de los más peligrosos fascismos.

Y es justamente así como la publicidad utiliza la belleza para sus fines. Los rostros y los cuerpos que nos ofrece son anzuelos. Cuando creemos morder la brillante sardina, comprendemos que no era más que la máscara del garfio puntiagudo y otra vez hemos caído en la trampa.

Novalis afirmó que “en ausencia de los Dioses reinan los fantasmas”. En ninguna época de la historia humana hubo tal vez tantos fantasmas como en esta sociedad industrial empapelada de iconos, cuyas multitudes pasan los días oyendo voces de vivos y de muertos que son en realidad surcos de acetato y bandas magnetofónicas, deseando seres vivos y muertos que son en realidad mancha de tinta incapaces de satisfacer los deseos que suscitan, viendo vivir a seres vivos y muertos que son en realidad rayos de luz. Lo peor es que cada vez nos miramos menos los unos a los otros porque esos cubos de cristal vertiginosos de imágenes son más interesantes y a

la vez no exigen de nosotros más que docilidad y pasividad. Los libros le hacían exigencias a nuestra imaginación, estaban hechos para seres creadores: las artes de la técnica contemporánea sólo saturan y pasman. Por eso puede irrumpir en ellas a cada minuto el fantasma bellísimo, la serpiente del gran capital con la jugosa manzana en la boca, algo que ningún lector de libros soportaría y que todos entenderíamos como una enloquecedora agresión.

La publicidad, además, se depura y de refina. Costó trabajo convencer a los empresarios de que era preciso sustituir esos mensajes torpes, imperativos y obscenos, que entraban en los hogares sólo a incomodar a su público, por mensajes bellos, cordiales y sutiles cuyas órdenes sean las más gratas y más eficaces. Las sirenas del capital cada vez cantarán mejor y ya hay quien piensa que el verdadero arte de la época está en esas apacibles cuñas de autos que no muestran timones ni palancas ni válvulas sino una hoja de sauce resbalando por la superficie llena de reflejos de un lago al ritmo de una música conmovedora. Esos fragmentos idílicos de la naturaleza lleva en algún rincón el inolvidable logotipo exactamente a la manera como el esclavo llevaba la marca del hierro candente. El símbolo está allí para recordarnos que lo que se nos muestra no existe por sí mismo: para recordarnos que el propósito del mensaje no es invitar a un paseo apacible por los campos sino sugerir la compra de un auto. Para recordarnos quién es el amo.

Nada ignora que el de la publicidad es uno de los lenguajes más autoritarios que existen. El imperativo de todos los verbos pulula en sus mensajes. Compre, vaya, lleve, use, tenga siempre, aproveche, decídase, no olvide, tome, recuerde, disfrute: y todos significan lo mismo: obedezca. Ahora, con el afinamiento de la voz de las sirenas, el mensaje tenderá a hacerse indirecto y a lo mejor la forma imperativa de los verbos cederá su lugar a un lenguaje en el que el emisor aparezca como desdibujado. Entonces el mensaje “Yo soy el mejor” se cambiará gradualmente por “Somos bellos”, “Somos buenos”, “Amamos al mundo”, “Amamos a la humanidad”, no dejes de comprar nuestros productos.

¿Es esto censurable? La sociedad de consumo se vende a sí misma como la gran proveedora. Por fin, de su mano, los hombres hemos entrado en las despensas de un mundo opulento y feliz. Hay libertad de compra, igualdad de precios, fraternidad en el consumo. No parece indiscutible que es mejor optar entre cinco o diez calidades y fragancias de jabón, que estar condenados al negro jabón de la tierra. Que es bueno disponer de bombillas eléctricas, de refrigeradores, de hornos, de muebles, de innumerables cosas que individualmente no podríamos hacer. ¿Cómo se atreve alguien a alzar su voz contra la industria democrática que se desvela por ofrecer a los hombres tantas cosas necesarias, tantas cosas que serían desmesuradamente costosas si no se produjeran en masa? ¿No son las empresas los baluartes de la democracia, los antidotos contra la escasez, los muros que nos protegen de la barbarie y de la miseria? ¿No está llenando al mundo además de mensajes poblados por adorables criaturas que nos recuerdan nuestro deber de ser bellos, de ser jóvenes, de ser saludables y de

ser felices?

Yo creo que la humanidad haría bien en desconfiar y en recelar. Es antigua la historia de los poderes que por el hecho de ofrecer algún beneficio se sitúan por encima de toda crítica y se sienten autorizados de todo. Por muchos beneficios (y también éstos habría que contarlos) que la industria traiga a las sociedades, no puede situar sus intereses por encima de los altos intereses de la humanidad. Pero la verdad es que el único objetivo del capital es la rentabilidad, la acumulación de riqueza excedente que se reinvierte sin fin. Mientras ese fin sea compatible con el bienestar de sus consumidores, todo está casi bien; pero está claro que en cuanto esos fines entran en conflicto con tal bienestar, no es el capital quien lo advierte ni quien lo corrige. La historia de la industria de los aerosoles, de los pesticidas, de los detergentes y de los plásticos, es el más reciente y alarmante capítulo de la Historia Universal de la Infamia. Y nadie ignora que la primera tentación de la industria cuando se ve bajo sospecha, no es la de filtrar sus gases tóxicos, ni purificar sus desechos, ni modificar sus procesos, ni excluir los ingredientes nocivos, sino recurrir a la voz seductora de las sirenas para distraer al público y disipar las malas sospechas. Por eso cuando una corporación lanza con altos clarines una cuña sobre algún producto no contaminante, o ecológicamente benévolo, la operación suele ocultar muchos silencios sobre el comportamiento del resto de los productos. Nada es más reacio que el capital a alterar su rentabilidad y sus ventajas por triviales consideraciones humanitarias. Y esto por la razón elemental de que el capital es ciego a todo lo que no sean sus procesos elementales de producción, distribución, comercio, reinversión y acumulación. No podemos pedirle al dragón que a la hora del hambre piense en los sentimientos de la doncella que está encadenada al peñasco. Pero la vigilancia se impone, porque la ciencia anda desenfrenada en su afán de saber, sin la menor sujeción a una ética; la técnica anda desenfrenada en su tarea de dominar el mundo, sin la menor sujeción a una ética; y la industria anda desenfrenada en su labor de transformar la materia universal en bienes de consumo, sin preguntarse siquiera qué es necesario, qué es útil, qué es superfluo, qué es dañino, qué cosas nos hacen más civilizados, qué cosas nos hacen más pasivos más bárbaros. Basta que puedan ser anunciadas o vendidas para que las máquinas se desvelen produciendo, los televisores se desvelen anunciando y los supermercados se desvelen vendiendo, en un carnaval derrochador, irreflexivo y frenético. Como si, muertos los sueños, sólo quedaran los apetitos. Como si sólo fuera deseable y confiable lo que ha sido concebido y producido por la técnica humana. Por eso ya desconfiamos del agradable sistema tradicional y queremos fabricar humanoides en los laboratorios de genética y aun en los talleres electromecánicos. Y hay que ver, al lado de exquisitos artefactos hechos con las omnipresentes sustancias no biodegradables, las incontables tonterías y fealdades que es posible encontrar en los bazares norteamericanos, las infinitas fruslerías que todos compran y nadie usa, las ropas que envejecen sin estrenar en los roperos de los hogares de la sociedad industrial, las carnes en conserva que se

descomponen, los aparatos que se desechan al primer desperfecto, los cementerios de escombros que crecen y que pronto harán naufragar la utopía de Metrópolis.

Dócilmente, la publicidad lo anuncia todo, lo aplaude todo y hace uso eficaz de los incontables y a veces pasmosos recursos de las técnicas de comunicación. Con su capacidad de seducir y de condicionar la conducta humana, ha ido invadiendo los espacios del hombre, sugiere o impone productos y marcas, dicta la moda, crea celebridades, traza los estilos y las conductas sociales. Hoy, cuando no aparecer en la prensa o en la televisión equivale a no existir, ese culto de la imagen y del éxito parece convertir la vida verdadera de todos en una realidad de segunda categoría y a los simulacros de la publicidad, como a los simulacros del periodismo, en la única realidad respetable.

Los mensajes ya no requieren argumentos: las técnicas de la seducción sólo exigen afectar gratamente los sentidos y producir en el público la sensación intensa de que sus necesidades serán satisfechas por el producto del que se trate. Era inevitable que, por este camino, hasta las cosas más serias y trascendentales terminaran trivializándose en meras imágenes de seducción. Ya no hay lugar del planeta donde la política no recurra a la publicidad para vender la imagen de sus candidatos. ¿Qué deben éstos prometer? Que lo digan los sondeos de opinión. ¿Deben mostrar carácter, o más bien familiaridad y simpatía? Depende de con quién haya que competir. “Una imagen vale más que mil palabras”, se dice, de modo que más vale publicar las fotografías convincentes y prescindir al máximo de palabras y compromisos.

Fue sobre la publicidad, antes que sobre ninguna otra cosa, que Adolfo Hitler ascendió al poder en Alemania y que su discurso nacionalista y revanchista cundió entre su pueblo. Esto debería bastar para despertar sospechas sobre esta técnica aparentemente neutral. Un instrumento que sirve por igual para imponer perfumes y tiranías, debería exigir toda la vigilancia y despertar un cauto recelo. Pero la humanidad abdica de sus altos deberes de control y de resistencia, y por todo el planeta cunde una plaga de estadistas mentirosos, vacilantes, corruptos, que han idealizado a los medios y que se sujetan a las veleidades de la opinión pública para tomar incluso las decisiones más trascendentales. No hay publicista que no piense que vender un candidato es sustancialmente lo mismo que vender un auto o una bebida gaseosa. Todo es cuestión de la imagen adecuada, del clima de confianza necesario, de los “slogans” singulares cuya función no es resumir un pensamiento, sino ser identificado con claridad y no parecerse a nadie.

Y es a esta manipulación grotesca a lo que llamamos democracia. ¿No estaría loco el que escogiera al capitán de una nave por la fotografía, por la sonrisa, por lo que dicen de él sus allegados? Sin embargo, cada vez más, estamos dejando graves asuntos en manos de los oportunistas menos calificados, gracias a que ya no exigimos programas ni ideas ni compromisos sino imágenes seductoras y sonrisas de éxito.

Con todo, el peor mal que podemos atribuir a la sociedad industrial y a sus sirenas

es el contraste entre el universo de fantasía que nos venden y la creciente postración de las muchedumbres que no pueden comprarlo. Como todo cielo, éste tenía que engendrar como correlato un infierno y el infierno son ahora los basureros de la industria y del consumo, donde pugnan por sobrevivir los que carecen de todo, los que no tienen ni belleza, ni salud, ni juventud, ni éxito, ni fortuna; para los cuales el discurso hegemónico de la sociedad opulenta y feliz sería una broma triste si no fuera porque cada vez los somete más a las presiones de un ideal obscuramente inaccesible.

Es fácil encontrarlos ya, en los basureros, o en las calles despiadadas, o en los suburbios ruinosos de lo que se llama el mundo desarrollado; pero sobre todo crecen en las monstruosas ciudades de esto que con jerga de ciencia ficción llaman el tercer mundo. Se entiende que si el éxito y aun la dignidad dependen hoy de la capacidad de consumo, estos seres sean equiparados por la ideología imperante a meros desechos de humanidad. El ameno paraíso parece bastarse a sí mismo y se sustenta en todos aquellos que dóciles a la tentación se esfuerzan por situarse en la respetable zona del consumo. Los autos, los muebles, los electrodomésticos, las tarjetas de crédito los seguros prepagados y las vacaciones anuales confieren a quienes abnegadamente los alcanzan la reconfortable condición de seres humanos, libres de la sospecha atroz del fracaso. Porque el fracaso es el dominio del siglo que agoniza, y sólo se mide en términos de exclusión del paraíso consumista. Podemos ser crueles, mezquinos, desleales, indiferentes al sufrimiento humano, egoístas, avariciosos, descorteses, éticamente deplorables: nadie advertirá en esas penurias el fracaso de su existencia. Pero el fracaso en el adquirir y en el poder sostener el ritmo de la impaciente avidez del capitalismo, equivale a perder el lugar en el orden del mundo. Para quien se despeñe en ese confuso tropel de vencidos no habrá piedad, ni solidaridad, ni cordialidad, ni justicia. Nosotros, los habitantes de este mundo tercero o postrero, no necesitamos el menor esfuerzo mental para saber en que consiste el infierno de la opulenta sociedad de consumo, de la tersa y radiante sociedad industrial: nos basta con salir a la calle. Pasan con sus sucias mantas al hombro los hijos de la indigencia. Vienen de los basureros o van hacia ellos. Podemos imaginar los paisajes de Apocalipsis donde transcurren sus vidas. Fétidos horizontes sombreados por el vuelo de las aves de carroña, montañas de desechos, el detritus de la civilización, el fruto final del optimismo y del progreso humano convertido en el reino de los últimos hombres. Pasan pues, ante nuestra costumbre. Vienen de la miseria y van hacia ella, y al pasar nos recuerdan, por un trabajo irónico de los Dioses de la justicia, todo lo que la publicidad se esforzaba por hacernos ignorar u olvidar. Que existe la enfermedad, que existe la vejez, que existe la muerte, y que las soberbias torres de nuestra civilización están construidas sobre unos cimientos corroídos por la insensibilidad. Entonces sentimos que allí, donde no están ya los perfumes, sino sus frascos rotos, donde no está ya la música sino sus aparatos en ruinas, donde no está ya la moda sino sus jirones desechos, allí, entre los plásticos indestructibles y junto a los arroyos sucios y espumosos, tal vez se anuncia el mundo verdadero y el verdadero porvenir.

Entonces casi entendemos la patética desesperación con que los nuevos fascistas, esos que ni siquiera se atreven a mostrar su rostro, salen en la noche a asesinar indigentes bajo los puentes, a tratar de borrar de un modo estúpido, ebrio de bárbara ineptitud, la evidencia del desorden presente; a tratar de convencerse de que son los miserables los responsables de la miseria. Y entonces comprendemos que tal vez lo que el mundo necesita no son más cosas, más autos, más mansiones, más progreso, más publicidad, sino un poco de generosidad humana, una mirada más vigilante sobre el opulento porvenir que mienten los fantasmas, un poco de honestidad con nuestras almas, y un poco de sensatez en el breve y peligroso tiempo que nos fue concedido.

LA MIRADA DE HIELO

“Es difícil seguir siendo emperador ante un médico —dice Adriano al comienzo de la novela de Yourcenar— y también es difícil guardar la calidad de hombre”. Leyendo esas palabras creí entender alguna vez el secreto temor que me inspiraban, no sólo los médicos, sino el ámbito de su labor. El tenso silencio de las salas de espera, la desolada paz de los hospitales, el terrible milagro de los quirófanos. Es posible que el temor que estas cosas infunden se deba a la paciente e inexorable muerte que acecha tras ellas y que habrá de mostrar su rostro algún día, pero también es posible que ese temor nazca de ellas mismas. En realidad, pocas cosas reducen tanto al hombre a la inermidad y a la impotencia como el poder de los médicos. Si un hombre nos da la mano, es nuestro igual, pero si pasa a tomar nuestro pulso parece que estuviéramos a su merced. Casi ningún saber humano otorga a su poseedor tanto poder sobre los demás como este antiguo y prestigioso saber que llamamos medicina. Hoy es una división de la ciencia y se ramifica fractalmente en especialidades cada vez más sofisticadas y onerosas, pero antes confinó con la magia y con el milagro. Durante siglos sus cultores fueron semidioses como Empédocles, dioses como Esculapio, sabios como Celso, ultrasabios como Paracelso, demiurgos, hechiceros, chamanes, milagreros y taumaturgos. Les había sido dada la más hermosa de las virtudes, la virtud de curar, de arrebatarse a la carne mortal de los brazos de la muerte y retornarla indemne al milagro del mundo. Merecían toda gratitud y toda veneración. Además alternaban los tónicos de su ciencia con las medicinas de la esperanza; se subordinaban a otros misterios, no pretendían haber alzado el velo de Maya, ser dueños de un saber inapelable y absoluto. Eran seres sagrados que cumplían una función a veces racional, a veces mágica, en un mundo encantado. En ese mundo remotísimo donde la fe movía montañas, donde la ingenuidad creía en milagros y a menudo los hacía.

Esos poderes mágicos eran atributos de algunos seres pero la verdad es que las gentes comunes participaban de cierto básico saber primordial. La tradición había legado a los humanos, generación tras generación, muchos secretos y muchas astucias para afrontar esa red de grandes prodigios y pequeñas pesadumbres que llamamos la vida. Dolores, fiebres, pasmos, palideces, desmayos, heridas, luxaciones, desgarrones, fracturas; ese iris de dolencias que va del rojo sanguíneo al verde desmayado pasando por morados y blancos y cárdenos, era continuamente leído por el saber de la tradición, y allí estaban las virtudes de las hierbas y las cortezas, de los zumos benéficos y las aguas sulfúricas, los poderes omnímodos del limón y la miel, de los aromas y los unguentos, de las aguas enlunadas y los licores de hojas y frutas, de las punciones y las ventosas y los sahumeros y los ayunos y los tónicos y las fricciones, los infinitos recursos de la memoria, de la improvisación y de la esperanza, para restituir a la carne afligida a los juegos del mundo.

Por supuesto que muchas veces pasaron el segundo y el cuarto jinete del

Apocalipsis arrasando la vida y saqueando terriblemente a las naciones; por supuesto que la muerte jamás fue derrotada; pero yo me atrevo a pensar que normalmente los principales peligros de la especie fueron las guerras y las religiones: príncipes y sacerdotes, antes que plagas y enfermedades. Y hoy mismo podemos comprobar que ciertas epidemias, como el cólera, son secuelas de la pobreza y del desorden social antes que meros brotes de morbilidad de lo humano.

Con una antiquísima mezcla de hierbas y ternura se curaron de muchos males menores —y a veces mayores— incontables generaciones. La razón de ello, nos dirían los médicos naturistas de hoy, y los que recetan cordialmente placebos, consiste en que el principal remedio de los males del cuerpo siempre estuvo en el cuerpo, en su capacidad de reaccionar y de resistir; en el cuerpo que, como pensaba Schopenhauer, es una manifestación de la voluntad; en el cuerpo y en esa niebla de sueños que lo impregna y que llamamos el alma. Incluso muchas veces lo que hacían los hechiceros y los facultativos era potenciar con su influjo esas reservas de entusiasmo, esa milagrosa voluntad de vivir que es el núcleo verdadero de toda existencia. Cambiar la actitud del propio cuerpo y de la conciencia hacia la enfermedad puede ser el comienzo de la curación. Tal debió ser siempre la base, a la vez ilusoria y práctica, de muchos milagros.

Pero tales sabidurías parecen ser privilegios de la sencillez y de la ignorancia, y en el mundo que vino a tocarnos triunfó la razón. Muertos o ausentes los dioses, el hombre quedó solo, desconfiando de todo orden trascendente, desconociendo todo lo que no le fuera evidente, negando aun la existencia de su propio espíritu, y confiando sólo en las virtudes del conocimiento, de la razón y del trabajo humano. El positivismo moderno, excluyendo todo lo que esté por fuera de la razón y de sus métodos, todo lo que no pueda ser lógicamente probado, ha reducido al hombre a las pobres dimensiones de la materialidad y de la evidencia, y es la expresión desacralizada de un mundo hecho sólo de ciega materia, un frío mecanismo gobernado por leyes inflexibles e imperturbables donde ya no caben como potencias activas, como causas eficientes de la realidad, ni la pasión, ni la esperanza, ni el sueño, ni la fe, ni la belleza, ni el acogerse a lo divino del mundo.

Algo así había ocurrido, muy fugazmente, en los tiempos últimos del Imperio Romano. Flaubert escribió que en aquellos tiempos, muertos los dioses paganos y aún no triunfante Cristo, el hombre estuvo sólo en un mundo sin sentido trascendental. Tal fue el siglo de Adriano. Por eso, cuando Yourcenar escribe sobre aquel emperador, parece estar hablando de nuestro tiempo, ya que también nosotros vivimos en una época en la que los dioses están ausentes, en la que el sentido mismo de lo divino se ha perdido. Y por eso los médicos de Adriano no son ya sacerdotes ni augures, magos ni taumaturgos; no son esos sabios capaces de ver en un ser humano el complejo tejido de funciones y de sueños, de lenguajes y de invenciones que lo constituyen, sino físicos que sólo ven una triste amalgama de linfa y de sangre. Ante esa mirada que ha reducido la realidad a lo funcional y a lo evidente, ante la terrible

mirada del positivismo, “es difícil seguir siendo emperador, y también es difícil conservar la calidad de hombre”.

Casi nadie en nuestra época la ha conservado. Bajo la mirada fría, desapasionada, imparcial de la ciencia, somos sólo carne mortal alterada por las enfermedades o ya atrapada por las fauces inexorables. Poco importa que el médico sea más o menos cordial, más o menos compasivo, el universo mental al que pertenece es el de los átomos fatales y en ese reino no caben ni las magias de la esperanza, ni las montañas de la fe, ni los desórdenes del milagro.

Recuerdo que Yuri Gagarin declaró asombrosamente que había salido al espacio exterior y había comprobado que Dios no estaba allí. Así quiso el positivismo marxista disolver para siempre la ilusión de la divinidad, como si fuera necesario el espectáculo de los navíos estelares, como si no supiéramos que los pontífices del positivismo y sus reitres tampoco han podido advertir lo divino en el mundo. Si queremos saber qué es el hombre para el positivismo basta mirar los exámenes bacteriológicos, los cuadros hepáticos, las curvas de glicemia, los electrocardiogramas, —las palabras son tan terribles como lo que describen— los electroencefalogramas. Ya no queda en nosotros sino la materia cuantificable, el espacio medible, el tejido desamparado de las células, el abismo vertiginoso de los átomos, idéntico al abismo vertiginoso de los astros donde el ingenuo y obediente cosmonauta no pudo ver a Dios.

Nada parece quedar en nosotros del fuego sagrado que fulgura en las palabras de Buda o de Cristo, nada de los poderosos mitos que alguna vez fueron nuestra sustancia. Un esquema de calcio recubierto de tejidos y líquidos, una estructura de procesos y funciones donde todo lo inexplicable es silenciado. Creíamos que el universo era un mágico coro de estrellas pregonando, como pensaba Dante, el amor que las mueve; pero los sabios han venido a decirnos que no es más que un abismo de soledad y de vértigo, ese infinito sin sentido cuyo silencio aterraba a Pascal. Creíamos que el mundo era un orbe de potestades y de Dioses, un trágico jardín para la belleza y el canto; pero alguien ha venido a decirnos que sólo existe la ciega materia sin alma, que no hay divinidad en los bosques ni sacralidad en las aguas, que todo lo que avanzaba en belleza como la noche de Byron puede ser transformado en basura y escombros, que la marca de los Dioses insondables ha sido borrada de las cosas y que ahora sólo puede estar en ellas la marca de la industria, los codiciosos logotipos que se adueñaron del misterio del mundo. Habíamos repetido con Hamlet: “¡Qué obra maestra es el hombre! ¡Cuán noble por su razón! ¡Cuán infinito en facultades! ¡En su forma y movimiento cuán expresivo y maravilloso! ¡En sus acciones, qué parecido a un ángel! ¡En su inteligencia, qué semejante a un Dios! ¡La maravilla del mundo! ¡El arquetipo de los seres!”; pero vienen los sabios a mostrarnos la imagen acabada y completa de nuestro ser, lo que pudo ver en nosotros la ciencia a través de sus rayos más potentes y no es más que ese esquema de sombra y de huesos que exhiben nuestras radiografías.

Pero entonces, ¿dónde están el sueño y el amor, la generosidad y la esperanza, el alma llena de Dioses y la carne llena de recuerdos? ¿Nada de eso importa ni existe? ¿Nada de eso cuenta a la hora de enfrentarnos al mundo, a nuestra soledad, a los misterios de la enfermedad, a la majestad de la muerte?

De qué curiosa manera procede el espíritu de esta época. En todos los campos el hombre pierde dominio sobre su mundo, crea menos y decide menos, mientras cunde la versión de que nunca fuimos más perfectos, más importantes y más felices. Al tiempo que se nos predica el sermón de la supremacía, el evangelio del confort, la exaltación del humano en el fin último de todas las evoluciones y todos los progresos, lo que vemos es la progresiva pérdida del espacio de cada ser humano. Ya los únicos viajes son los itinerarios prefabricados y convencionales del turismo; ya no queda cosa de la realidad que no tienda a volverse mercancía; ya no somos siquiera los protagonistas de nuestra propia vida: el que quiere saber qué pasó ayer, no interroga su memoria personal sino los noticieros y los diarios. Sobre el anonimato, la soledad y la subvaloración de millones y millones de seres singulares, tan misteriosos y mortales como cualquiera, flota una artificiosa nube de celebridades fabricada por la industria, por la publicidad y el periodismo, para prodigar sus anécdotas y venderlas como espectáculo. Y de esa comparsa de rostros de éxito que se nos vende sin fin, hacen parte los políticos y los estadistas: también a ellos debemos escogerlos por la cuña, por el perfil y la sonrisa.

Pero de todos los órdenes de la realidad nos batimos en retirada. Allí donde el Renacimiento nos dejó la ilusión de hombres universales, interesados por la tierra y el agua, por el aire y el fuego, curiosos de la infinita diversidad de las criaturas, de las formas, de las disciplinas, llega ahora el severo tropel de los especialistas y cada cual procede a expulsarnos de su parcela. El refinado mundo moderno no soporta vanos especuladores sobre todas las cosas; quien quiere sobrevivir, competir en su ciencia, hacerla rentable, debe circunscribir continuamente su ámbito, y saber cada vez más de cada vez menos cosas.

Lo que no imaginábamos es que ese curioso proceso de desalojo del hombre de todo lo que antes le dio sentido a su vida, ese proceso por el cual el capital nos expulsa de todos los sitios que fueron gratuitamente nuestro reino para hacer que paguemos por cada cosa, por el amor, por la amistad, por el mundo, por las estrellas, por el agua y el aire, nos llevaría al caso alarmante y extremo: el de ser expulsados de nosotros mismos y de todo saber sobre nuestra propia sustancia. La ciencia declaró ilegítimo e insubsistente todo el saber que la tradición nos había legado sobre nuestro cuerpo, la confinó al territorio de la superstición, y se erigió en la única propietaria de un saber válido sobre la salud y la enfermedad, sobre la vida y la muerte.

Cumplida esta tarea, vino la tecnificación de los mecanismos de diagnóstico. Allí donde antes bastaban los conocimientos básicos de la fisiología para identificar una disfunción o afección corriente, vinieron a ser necesarios más sofisticados equipos y más refinados procedimientos. ¿Son realmente más precisos los diagnósticos?

Posiblemente, pero lo que es bien seguro es que son más costosos. ¿Y quién no está dispuesto a invertir en certezas cuando se trata de lo más importante, de la salud? ¿No escribió Schopenhauer que la felicidad es la salud? Todo debe estar, pues, subordinado a su obtención o su conservación. Y curiosamente poco importa que del disfrute de estos beneficios que se pregonan indispensables, estén fatalmente excluidos, por la pobreza, de un modo absoluto, más de la mitad de los seres humanos.

Con todo, ya hay médicos sensatos que afirman que no siempre ese complejo aparato de pruebas y análisis y tecniquerías suple las sabidurías de un buen médico de esos que saben mirar el cuerpo como un todo orgánico, interdependiente y sensitivo, en el que también operan el miedo y el entusiasmo y la esperanza. Ya hay seres sensatos que sospechan que no siempre es la sabiduría lo que dicta estos refinamientos, sino la avidez del capital que ha encontrado en las aflicciones de la carne otro de sus muchos campos de acción, un inmenso mercado. Si la salud es lo más precioso, ¿por qué ha de ser barata? Si el humano puede tributar, y lo hace gustoso por los manes de Hipócrates, ¿cómo privarse de ello? También sobre este campo, antiguamente venerable, se ciernen hoy nubes siniestras. Nadie ignora que la salud es ya una mercancía. Que no sólo son costosos los mecanismos de diagnóstico sino que los laboratorios farmacéuticos son vastos emporios industriales, empresas capitalistas tan interesadas en el lucro como las otras; empresas, incluso, interesadas en ampliar e incrementar el consumo. ¿No se afirma que los productores de Alka-Seltzer obtuvieron una nada despreciable duplicación de sus ventas mediante el recurso ingenioso de poner en su publicidad no una sino dos tabletas efervescentes en el mismo vaso de agua? Haya o no ocurrido, el hecho es perfectamente posible. Y no debemos olvidar tampoco que las virtuosas industrias farmacéuticas son a menudo dependencias de grandes empresas productoras de insecticidas y otras plagas químicas. Los ángeles del bien tienen inesperados cuernos de oro. La vieja alquimia también sabe destilar sus venenos. Recuerdo que Ernesto Cardenal, en uno de esos poemas suyos derivados del magisterio de Ezra Pound, dice que hay empresas que hoy se venden como las celosas guardianas de la salvación del hombre, y que en otros momentos se han mostrado menos gentiles, como cierta productora de preservativos que también fabricaba otra sustancia sintética: napalm.

Lo más importante es que ya no sabemos muy bien dónde están los amigos del género humano. La industria, tan generosa a veces en cosas gratas y útiles, es completamente ciega de corazón a la hora de tomar sus decisiones. Hace el bien y el mal con la misma pasmosa intensidad, porque lo único que la gobierna es el misterioso afán del capital que, como el cáncer, sólo sabe crecer y proliferar a expensas del organismo que lo nutre.

Ya ignorantes e inconscientes de nuestro propio cuerpo, ya a merced de los técnicos y de la industria, no quiso la historia que viéramos detenerse allí el proceso de nuestra enajenación. ¿Qué puede ocurrir cuando el hombre queda inerme en

manos del saber y la técnica, cuando la posibilidad de sobrevivir se convierte, gracias al progreso, en algo tan oneroso que termina siendo impensable? En ese punto la serpiente de la modernidad parecía haberse mordido su propia cola, haber creado un círculo vicioso de necesidad e impotencia en la desconcertada humanidad, heredera antiquísima de la maldición del dolor y la muerte. A la hora de la enfermedad nadie era ya dueño del saber, pero los costos del saber lo hacían inaccesible. Así llegamos a la perfección del sistema, que consiste en que todo ser humano pague desde el comienzo y para siempre por la salud de que piense disfrutar en el mundo. Todos, enfermos o sanos, deben tributar mes a mes en las arcas universales del saber que un día los arrebatará de las fauces golosas de la muerte salvándolos a la vez de la ruina, ya que esos médicos cada vez más costosos y especializados, esos diagnósticos cada vez más técnicos y exhaustivos, esos quirófanos cada vez más asépticos y prodigiosos, esos hospitales, cada vez más confortables y onerosos, y esas medicinas impagables, costarían los ojos de la cara o toda una vida hipotecada a los acreedores.

Para ello resulta importante que el hombre cobre conciencia continua de su fragilidad y su vulnerabilidad. Es bueno que en las páginas de las revistas lo acechen súbitas revelaciones de males posibles; que la enfermedad esté siempre suspendida como la espada famosa sobre la nuca de los mortales, y que éstos dependan de la tarjeta de su seguro prepago como antes dependían de la misericordia divina.

Pero si bien la enfermedad debe ser una continua e insidiosa amenaza, lo cierto es que no debe llegar nunca. No porque la industria aprecie especialmente la salud de los hombres, sino porque la salud continua es una condición para la productividad. Así, la enfermedad es abominable sólo porque paraliza la nómina; nadie debe enfermar, ya que su trabajo lo espera; y además es agresivo que un empleado se enferme en días de trabajo teniendo para ello dos largas semanas de vacaciones al año. Este celo por impedir la llegada de la enfermedad está manifiesto en esas cuñas publicitarias que siempre empiezan diciendo: “Al primer síntoma del resfriado o la gripa, tome esto o aquello”. Así, la enfermedad va siendo continuamente rechazada o pospuesta, y erigida en la expresión suprema de lo anormal y de lo indeseable. Pero tal vez hay algunas cosas que podrían decirse a favor de la enfermedad. No sólo que es más normal de lo que pretende esta civilización enferma, no sólo que negarla, ahogarla y huir de ella no es la mejor manera de enfrentarla, sino que forma parte del cielo misterioso de la vida y suele enseñarnos cosas que la salud no podría.

De entrada, si el de la salud es tiempo para el mundo, el de la enfermedad bien puede ser tiempo para el hombre, para la introspección, el recogimiento, la vuelta sobre los misterios del cuerpo, sobre su relación con el universo natural. La costumbre de los médicos de guardar el secreto del mal que reconocen y curan, de recetarnos sustancias que debemos consumir en el silencio de una ignorancia cómplice y sumisa, nos hace vivir lejos de nuestro propio cuerpo y de algunas de sus más inquietantes manifestaciones.

¿Por qué la civilización moderna quiere que vivamos a espaldas de nuestras más

profundas certezas? ¿Por qué la certidumbre de la muerte no tiene un lugar en el orden de nuestro mundo? ¿Por qué la enfermedad es manejada en esa doble condición de peligro continuo y de continuo confinamiento, como un estado amenazante que no debe llegar jamás y contra el cual se yergue sin fin el ejército de la medicina y sus industrias? Una de las respuestas es que de algún modo es cierto que la verdad nos hace libres. La certeza de la muerte es tan difícil de llevar que durante más de dos mil años preferimos soñar con el riesgo de una eternidad de sufrimiento antes que admitir la posibilidad de la muerte. La vertiginosa e insostenible idea de una vida eterna, en monótonos coros que nunca acaban o en igualmente duraderos hornos pestilentes, nos pareció más amena y más piadosa.

Pero también en nuestra época melancólica de trivialidad y basura, de positivismo y salud por cuotas, de materia sin alma y de avance veloz hacia peor, también en esta época los sabios han sido capaces de mostrarnos que, sin desmedro de los dones de la vida, de su esplendor y sus inefables milagros, la muerte también puede ser bendición para el hombre. La muerte, con sus incertidumbres y sus mitologías, con sus espesas capas de sombras y de abismos, con su promesa de indiferencia y de olvido, con sus ríos que borran la memoria y su impredecible derivar de lo temporal a lo eterno, con su denso, solitario, ineluctable y casi sobrehumano misterio. Pero aceptar que vamos hacia esa puerta irreversible nos impone la felicidad como condición de la vida. Nadie que acepte serenamente la muerte como una certidumbre está ya en condiciones de permitir que su vida sea un óbolo servil en las arcas de la codicia, una figura trivial en las comparsas de un mundo cruel y estúpido. La certidumbre de la muerte, con el aura trágica que pone a cada minuto de nuestras vidas, hace del presuroso espectáculo del mundo algo tan deslumbrante y valioso, llena de tanto horror sobrenatural a la crueldad y a sus crímenes, llena de tanta nobleza lo bello y lo generoso de la existencia humana, pone tanto silencio respetuoso donde hubo tanto presuntuoso saber, disminuye tanto nuestra arrogancia y magnífica tanto nuestra alegría, que ya no nos permite vivir como esclavos de las farsas del mundo, ser indiferentes testigos del sufrimiento de los seres vivos, ser sólo frenéticos compradores de basuras ilustres o pasmados consumidores de espectáculos anodinos. Esa ardua verdad, la certidumbre del dolor, de la caducidad y del fin, puede hacernos más valientes y más libres, puede permitirnos participar de la fiesta del mundo sin la torpe soberbia de quien la cree eterna, con el lúcido desprendimiento de quien sabe que él todo está prometido a la nada.

Sólo así cobran un sentido trascendental la salud y la enfermedad, la dignidad de la vida y la majestad de la muerte. Sólo así los ejemplos de la historia, los mitos y las músicas y los símbolos, la inexplicable naturaleza, el milagro de las artes y el poder de los elementos, el tapiz de los sueños y el abismo de la memoria, el alma llena de Dioses y la carne llena de recuerdos, nos harán alzar la voz contra la penuria de un mundo que quiso simplificarnos en sólo materia evidente y procesos contables. Recordaremos que el capital, y las ciencias y las técnicas que lo sirven, transformaron

la vida humana en una cosa tributaria de la industria, una cosa que debía funcionar bien por estrictas razones económicas. Recordaremos este tiempo en que, cuando estaba cerca de la muerte, el hombre se convertía en un desechable organismo terminal, inútil para el capital y ya sin sentido para la ciencia, justo allí donde el hombre, vivo y sagrado hasta el último instante, es tal vez más lúcido y está acaso más lleno de conmovedoras vislumbres. Comprenderemos que otra es la vida y otra es la muerte que nos fueron prometidas, y que aún si no llegaran nunca esas formas de la dignidad y de la nobleza humanas, nada, ni siquiera la mirada de hielo del basilisco, nos podrá despojar de nuestra esperanza.

EL NAUFRAGIO DE METRÓPOLIS

Muchas películas modernas, sobre todo norteamericanas, juegan al juego extrañamente sugestivo de tejer variaciones sobre la declinación y caída de las grandes ciudades de la época. Una de ellas, más notable por su tema que por sus alcances estéticos, muestra una ruinoso Nueva York abandonada a los rufianes y a las ratas, y creo recordar la cabeza rota y derribada de la Estatua de la Libertad a medias sumergida entre escombros. *Metrópolis*, *Blade Rawner*, *Brazil*, son ejemplos de una mirada sombría sobre el porvenir de las ciudades. Pero cada vez más tenemos la sensación de que esas fantasmagorías del cine o de la literatura no son ociosos caprichos sino presentimientos y, a veces, incluso espejos de la realidad.

En las calles violentas del Bronx, en los melancólicos edificios de la Banlieu parisina, en los anillos viales que ciñen a Florencia, en las comunas de Medellín o en las altas azoteas del centro de São Paulo, uno ya puede sentir que las ciudades no son más las coronas de la civilización, sino dédalos crecientes y desalmados donde se alternan la angustia y el tedio, donde se gestan tal vez monstruos aún más indeseables.

La ciudad era, sin embargo, nuestro orgullo y uno de nuestros sueños más altos. Parecía estar trazada en los corazones de los hombres desde mucho antes de las primeras pirámides, parecía la vocación esencial de lo humano *Antropos physei politykon zoon* (Ἀνθρωποζ φύσει ζωου πολιτικού), había escrito Aristóteles, y esto sólo podía significar que el hombre es por su naturaleza un viviente urbano, un habitante de la polis. Allí Rousseau con su fantástica teoría de que eran concebibles los humanos en el seno de una naturaleza feliz, incontaminados por la cultura: Todo nos venía a demostrar que la cultura es el ámbito natural del hombre y que por fuera de ella sólo somos criaturas especialmente inermes, alarmantemente menguadas de instintos.

Pudimos vivir por siglos en los prados de Arcadia, en haciendas o en cabañas de los bosques, pero la historia estaba centrada y gobernada por las ciudades. En estos trópicos casi todos somos hijos y nietos de campesinos, de seres laboriosos y elementales que porfiaron la vida entera con las montañas y los ríos, de hombres para quienes los campos salvajes fueron el universo, pero desde niños sabemos que la Antigüedad fue regida por ciudades vastísimas. Antes de que nuestros abuelos desguazaran los montes de América, nuestros trasabuelos habían vivido en Madrid o en Sevilla, en las hermosas ciudades del Anáhuac o en las severas cumbres andinas muradas con piedra, y antes habían viajado desde París y Santiago y Aquisgrán y Maguncia y Roma, habían asediado Estambul, y habían visto las mezquitas azules de Bagdad. Y antes de esas modernidades, cuando Alá no había florecido aún en los reseos labios del profeta, Roma había reinado bajo las estrellas eternas, y había arrasado a Cartago, y había empedrado los caminos, uniendo a Londres con la capital de Bizancio, a Itálica con las ciudades de la Capadocia y de Bitinia. Y todo ello no

era más que un eco de las ciudades que había fundado Alejandro en su viaje increíble, las Alejandrías y hasta las Bucefalías que había erigido a sus Dioses, o de las asombrosas ciudades que encontró y derribó, como Tebas o Tiro, que encontró y amó, como Ecbatana o Susa, que encontró y arrojó en humo al cielo, como Persépolis. Y atrás todavía estaban Memphis y Babilonia, y aquella Ur que leyó primero en las estrellas, y el cielo sostenido por las cariátides de Atenas, y las altas murallas de Troya sobre las que soplaban viento recios, y los borrosos confines de Nínive.

Las grandes ciudades eran antiguas como la rueda y como el poder sobre el fuego. En ellas habían reinado los príncipes y cantado las favoritas y medrado las burocracias, habían guerreado los generales, conspirado los sacerdotes, intrigados los eunucos y recibido el escarnio los esclavos. Todo lo humano existía por ellas y para ellas. La ciudad era como una proyección ideal del hombre; su provisión en los mercados, su salud en los gimnasios, su valor en los cuarteles, su dolor en los hospitales, su poder en los palacios, su elocuencia en las ágoras, su espíritu en los teatros, su veneración en los templos, su conclusión en los cementerios, su equilibrio en los tribunales, su sinrazón en los sanatorios, su rebeldía en las cárceles, su supremacía en los tronos, su derrota en las ergástulas. La distribución de las ciudades era la revelación del tipo de orden social al que habían accedido, su arquitectura revelaba los secretos de su espíritu.

Curiosas de la naturaleza, como las ciudades paganas, o temerosas de ella, como las ciudades cristianas; con arquitecturas alzadas para intimidar, como la del Palacio de Versalles, o para seducir como la de la Alhambra; el mundo urbano estaba lleno de juegos posibles, de sueños posibles, y mientras duró la confianza en el destino de la especie, las ciudades fueron mecanismos de belleza, monumentos al saber del hombre, a su talento, a su orgullo; meditadas obras de arte.

Alguien dirá que desde los más remotos tiempos también hay fealdad, suciedad, basura, pobreza, escombros de la guerra y de la injusticia, rincones de plagas y peste. No parece negable, pero antes del siglo XVIII el mundo era ancho y diverso, les pertenecía más a los hombres, y hasta los esclavos tenían cierto margen de singularidad. Atrapado por piratas en aguas del Mediterráneo y vendido como esclavo en Creta, Diógenes el Cínico no sólo consiguió que su subastador le permitiera pregonarse a sí mismo, sino que se pasó la tarde entera preguntando a los que pasaban quién era suficientemente sensato para comprarse un amo. Es fama que encontró comprador.

La ciudad era el gran sueño de la especie, y las distintas utopías en supo complacerse la insatisfacción humana tejían ciudades fantásticas gobernadas por filósofos o por ángeles, ordenadas de acuerdo a las álgebras de la razón o a los imperativos de la divinidad. La ciudad de Dios, la ciudad del rey filósofo, la espartana ciudad del guerrero, las ciudades fabulosas de Marco Polo, la Babilonia fantástica de Voltaire, la Roma ideal de Piranesi; la ciudad saltaba de la realidad a la fantasía, no había sabio que no soñara con una ciudad perfecta, sujeta a una divinidad

evidente o tácita: una Atenas consagrada al saber, una Roma jupiterina consagrada al poder y a la ley, una Lutecia venusina consagrada al placer y al amor, una Florencia apolínea consagrada a las artes, una Sibairis consagrada al arte de vivir, una Sodoma consagrada a la voluptuosidad, una Bagdad o una Alejandría consagradas al conocimiento, Jaujas de la abundancia, Capúas del deleite, sepultadas Atlántidas de los siglos de oro.

Pero parece que a partir de cierto momento las ciudades de la imaginación empezaron a ensombrecerse, no sólo a parecerse a lo peor de las ciudades reales sino a magnificarlo especialmente. La visión de la pobreza sugería infinitas barriadas de desamparo y de indiferencia. El auge de las máquinas, inmensos distritos fabriles agobiados por el humo y la herrumbre. El auge de la manufactura, interminables comercios. En esa desaparición de las fantasías espléndidas estaba como cifrada la pérdida de la fe de los hombres en las posibilidades de la ciudad y también la muerte o la fuga de las divinidades que eran su centro y su espíritu.

Bruscamente nos vimos arrojados a lo que hoy se llama la ciudad real. Está en los poemas de Baudelaire: es una hormigueante metrópoli tiranizada por el trabajo y el tedio, donde el espíritu debe refugiarse en los paraísos artificiales de la absenta y del opio. Está en las novelas de Dickens, donde seres humanos maltratados y solitarios sobreviven a la adversidad de un mundo a la vez populoso y vacío. Está en las novelas de Balzac, donde la sociedad burguesa come y trabaja y se divierte despojada ya de todo idealismo, movida por la sola fuerza del lucro. Está en Dostoievski y Henry James, y avanza ensombreciéndose hacia unos despiadados mecanismos urbanos en los que el hombre es extranjero y está para siempre perdido: la ciudad de los relatos y las novelas de Franz Kafka.

Con la llegada de nuestro siglo, la ciudad pareció alcanzar su límite. El 16 de junio 1904 dos seres casi imaginarios, un joven poeta llamado Stephen Dedalus y un comerciante de cincuenta años llamado Leopoldo Bloom recorrieron por última vez los escombros de la ciudad ideal de filósofos y soñadores, y recorrieron completo por primera vez el extenuante laberinto de la ciudad prosaica, despojada de sacralidad, el frío universo sin dioses de la ciudad moderna: muchedumbres y tranvías, incontables destinos desconocidos, simultáneos y paralelos, el espacio físico abigarrado de edificaciones y comercios sobre un subfondo de túneles y tuberías, las obscenas entrañas de la ciudad que entregan su oscuro detritus a la ciega inmensidad de los mares. En ese momento se consumó el proceso de lo que suele llamarse la modernidad; desde entonces el alma europea y la de muchos de sus hijos por todo el planeta no ha podido escapar a ese mundo que Joyce captó con espléndida y casi sobrehumana clarividencia. Casi todas las ciudades de la literatura occidental corresponden desde entonces a ese plano minucioso de la Dublín espiritual de 1904: el Londres fantasmagórico de Chesterton, el mundo minucioso y fastuoso de Proust, el Manhattan de John Dos Passos, el Berlín casi intolerable de Alfred Döblin.

También corresponden a ese esquema casi todas las ciudades soñadas por la

ciencia ficción: las ciudades absolutas de Ballard, las urbes estelares de Frederik Pohl, las barriadas misteriosas de Bradbury, la ciudad de Philip K. Dick que Ridley Scott nos hizo asombrosamente visible.

Debajo de esas nubes de luz y símbolos de la imaginación, han crecido las ciudades reales. Y no difieren mucho de sus ilustres réplicas imaginarias. México tiende a ser la ciudad infinita. Londres y Los Ángeles se extienden en la noche como manchas fosforescentes sobre la tierra, las altísimas torres de Manhattan, de Chicago y de São Paulo invaden el cielo, Lagos y Buenos Aires se expanden en la desembocadura de sus enormes ríos, las barriadas miserables, llenas de incertidumbre y violencia, conmocionan la vida cotidiana de Río de Janeiro y de Bogotá, y en ninguna parte parecen dejar de crecer con ellas los males de la ciudad ya despojada de su aura mágica, ya convertida en un caos de violencia y de estruendo.

Es verdad que muchas ciudades europeas y que algunas ciudades americanas conservan aún cierto equilibrio que es fruto de siglos de crecimiento lento, de previsión, de disciplina, de pedagogía de la convivencia y de énfasis en la ética ciudadana. Verdad que aún en París y en Boston los conductores de autos no se lanzan agresivamente contra los peatones, verdad que hay en muchas ciudades un elemental respeto por las normas de la coexistencia en un mundo abigarrado. Verdad es que en cambio las confusas ciudades latinoamericanas parecen mostrar todas las desventajas de la vida urbana y ninguna de sus seculares virtudes. Verdad es que sobreviven mejor los habitantes de Viena y de Madrid que los atrapados habitantes de las ciudades de Latinoamérica. Pero la razón es que México, Buenos Aires, São Paulo, Caracas, y Bogotá, han crecido hasta sus desmesuradas proporciones de hoy en poco más de medio siglo, han visto en ese período multiplicarse su población por diez o por veinte, no siempre alcanzaron a adaptar sus callecitas coloniales a la invasión de las ruidosas y veloces máquinas que nos trajo la civilización, y han sido las primeras y patéticas víctimas de esa cosa desesperada y urgente que los sabios llaman el progreso y de la que nadie parece estar insatisfecho en las hegemónicas capitales del mundo.

Pero ya hay tanto culto por la materia que no va quedando espacio para el espíritu, ya hay tanta información que escasea el espacio para el conocimiento y sin embargo tanto conocimiento que no quedó espacio para la sabiduría. Con tanta prisa, olvidamos hacia dónde íbamos: con tanto trabajo, olvidamos que trabajábamos para mejor vivir; con tanto consumo olvidamos que era importante ser algo y ser alguien; con tanta pasividad y tanto espectáculo olvidamos que fue la capacidad de crear la que nos hizo humanos.

Los últimos serán los primeros. Estas naciones, que recibieron las últimas el legado y el imperativo de la civilización occidental, no alcanzarán nunca la plenitud que vivió Europa —o una élite europea— en el siglo XVIII, pero son ya las primeras en padecer los desórdenes y los males que la idea misma de la ciudad traía guardados en su seno, y los males con que fue enriqueciéndola la historia.

¿Qué es lo que ha hecho crecer de un modo tan descomunal nuestras ciudades? Es cierto que el crecimiento demográfico general ha hecho que hoy mismo haya casi tantos seres vivos como todos los que hubo desde el comienzo de la historia. Podría decirse que el número de los vivientes y el número de los muertos de todas las edades se han equilibrado, y configuran así una asombrosa ecuación que no dejará de ser estimulante para los cazadores de símbolos y los augures de la modernidad.

Pero la humanidad podría todavía muy bien estar repartida por la superficie de los continentes, cultivando de un modo razonable la tierra, cuidándose de no saquear ni depredar el universo sagrado que es la condición misma de nuestra existencia. La especie podría estar organizada en comunidades semirurales, instruidas, laboriosas, cultoras de la ética y de la estética, respetuosas de la naturaleza, vigorosas, afectivamente saludables, libres de prejuicios y austeras, en las que podría florecer la mayor diversidad cultural imaginable, e incluso aprovechar las posibilidades benéficas de la ciencia y de la técnica, y el planeta ni siquiera sentiría que hay humanos en él.

Pero todo ha caído en manos de unas fuerzas que no tienen ningún interés en la conservación del planeta, que no pueden conmoverse ante el deterioro de la vida humana y natural, que no pueden sentir lo sagrado ni lo divino del mundo por la triste y poderosa razón de que ni siquiera pueden sentir: son las inmensas corporaciones que hoy lo gobiernan todo; herederas de la prepotencia de los guerreros, de la altivez de los pontífices, del egoísmo de los monarcas. Su objetivo es uno solo, convertir el mundo y ojalá el universo en un inmenso mercado, y a los seres humanos, incluidos sus propios enajenados administradores, en despojados productores que ya no son dueños ni siquiera de sus propios brazos, de sus propios minutos, y en pasivos consumidores de todas las cosas.

Estas activas e ingobernables fuerzas que producen y acumulan, necesitan de una humanidad concentrada y disponible sobre la cual ejercer su influjo y a la cual proveer. Mientras el poder estuvo en manos de los guerreros, los reyes o los pontífices, la humanidad podía estar dispersa, disgregada en naciones o tribus hostiles entre sí. Pero a medida que los amos se van unificando por todo el planeta, los súbditos van siendo unificados también, la diversidad se convierte en un estorbo y las ciudades se erigen en símbolos que ofrecen a las muchedumbres el señuelo de la felicidad, del confort, de una vida próspera y segura. Por eso las ciudades, en su antiguo sentido comunal, intelectual y artístico desaparecen por igual de la realidad y de los sueños, y van siendo reemplazadas por la ciudad de los supermercados y los autos, de los espectáculos masivos, de los diarios y la televisión, de los seguros prepagados y los bancos incesantes y las tarjetas de crédito.

Donde hay abundancia y funcionan los esquemas de la democracia, ese modelo podrá funcionar tal vez algún tiempo. Una humanidad despojada ya de toda iniciativa fundará su existencia en el deber de integrarse a los rituales masivos del trabajo y del consumo, pagará obedientemente sus cuotas, mejorará de auto cada año, pagará su

casa hasta el fin, disfrutará del seguro médico que lo salva sin cesar de la ruina de una enfermedad cada vez más costosa, trabajará todo el día en la oficina o en la fábrica, elaborará cada vez menos sus propios alimentos, se sentará cada mañana ante el diario que lo exime de ser protagonista de su propia vida, se sentará cada noche ante el televisor que llena sin fin unas horas que serían peligrosamente vacías, verá televisión en todas sus horas libres o saldrá a comprar compulsivamente en los incesantes comercios, aprovechando todas las ofertas que le producen la sensación de estar haciendo un buen negocio aunque no necesite el producto, y saldrá de vacaciones a repetir un ritual que ya nada enseña ni transforma. Y a estas cosas llamará, con más o menos entusiasmo, su felicidad.

Pero el mismo esquema proyectado sobre las otras sociedades del planeta producirá efectos distintos. Las ciudades del llamado tercer mundo irradian también sus sueños de felicidad. Ofrecen a los inmigrantes acosados por el despojo, por la violencia rural, por la pobreza, la esperanza de trabajo, de seguridad, de prosperidad. En la ciudad están el progreso, las fábricas, los supermercados, los almacenes, la atención médica a todas horas, los cajeros automáticos, las celebridades, el cine, los grandes espectáculos, la verdadera vida.

¿Quién quiere permanecer en la pobreza de las pequeñas parcelas, en sus noches oscuras y desamparadas donde el dolor es todopoderoso, donde la inseguridad es total, donde la naturaleza, como pensaba Hegel, es infinitamente repetitiva y tediosa? La ciudad es acción, velocidad, animación, compañía; la ciudad es alegre, moderna, llena de seducciones, de modas, de aventuras. En sus esquinas puede aguardar la riqueza, el amor, la sorpresa, la súbita posibilidad de una vida distinta. Es tan poderosa la ciudad, arroja sobre el mundo exterior con todos los lenguajes de la técnica su mensaje tentador y ebrio de promesas, que hay que asombrarse más bien de que queden pobres en los campos y en los pueblos.

Pero evidentemente la ciudad no puede cumplir esas bellas promesas. No puede ocupar a toda la gente que llega, no puede ofrecerles una casa agradable en un barrio apacible, y son otras las sorpresas que dispone en las esquinas para los deslumbrados viajeros. Crecen entonces sin fin las barriadas miserables, crece la inseguridad en las calles porque el legítimo deber de los que carecen de todo y no tienen protección de la sociedad es sobrevivir como el lobo en la estepa. Crece la insatisfacción debida al mucho desear y poco alcanzar, cuando la realidad no hace accesibles las muchas cosas que las pantallas de la televisión pregonan como bienes indispensables y como felicidades obligatorias.

El enjambre se vuelve rencoroso o al menos amargo. Estamos en el corazón de la tierra prometida y sin embargo nunca estuvimos tan lejos del paraíso. Cada día trae un desengaño, pero las promesas siguen relampagueando intactas, y ya no hay voluntad que oponerles ni argumentos con qué evadirlas. Aunque la realidad muestra una y otra vez que el sueño es imposible, la promesa de la ciudad es irrefutable, ineluctable. Como en el juego, aunque lo hayamos perdido todo, siempre el juego

siguiente es la promesa de un triunfo final, que en justicia debe llegar y compensará todos los esfuerzos, todos los fracasos.

Pero el poder misterioso de esta formidable ilusión tal vez tenga su fuente en regiones más hondas. Solemos pensar los problemas del mundo como males aislados, inconexos y sustantivos, aunque todo permite sospechar que forman parte orgánica de un conjunto. La enorme ciudad, la concentración de los humanos y de las criaturas que les han unido su destino, supone también apartarse de la naturaleza y construir un orbe perfectamente controlado, donde el margen de azar y de riesgo tienda a ser computable en cero. Yo diría que la tentación de la ciudad absoluta es hija de la idea de que el hombre no pertenece al orden natural, de la ilusión de que el hombre es superior, y del sentimiento de que la naturaleza es peligrosa o malvada. La idea de la superioridad es el más fácil de los errores humanos y es perfectamente comprensible que durante milenios hayamos hecho de ella nuestra certeza y nuestro orgullo. Gradualmente fuimos haciendo humanos a los Dioses, para que no hubiera duela de que el universo había sido creado por una potestad de la que somos imagen y semejanza. Esto nos confería ciertos privilegios divinos de los que no era partícipe el resto de la creación. Todo debía estarnos sometido: para nosotros tributaba sin fin su limo y sus tesoros el Nilo del tiempo. Y la ciudad humana sería la cabeza visible del universo, el trono del poder y de la sabiduría de la que seríamos representantes y administradores.

Ya esa fase era onerosa para el mundo. En nuestra condición de sacerdotes y voceros de unas divinidades despóticas, pudimos causar serios daños, y lo único que a veces protegió a la naturaleza fue la admisión de que ella también poseía atributos divinos. Pero el triunfo del Cristianismo destituyó definitivamente a la naturaleza de su sacralidad. Para los griegos había divinidades en el agua, en el aire, en la acumulación de las nubes y en el paso del tiempo, en el florecer de los lirios, en la enfermedad y en la muerte. Para el Cristianismo sólo a través de lo humano se manifestaba lo divino, y los enemigos del hombre eran el Demonio, el Mundo y la Carne, tres poderes que los paganos habían exaltado bajo la forma de Dionisias, de Zeus y de Afrodita.

Pero ¿qué esperar de aquella mirada sobre la naturaleza? Si el Antiguo Testamento la revela, podemos entender los muros que erigió contra ella. Casi toda mención de la naturaleza en el libro sagrado está cargada de un juicio moral: es el árbol de la ciencia, la serpiente que es el demonio, la manzana que es el pecado, la zarza ardiente en que habla el Dios, la lluvia que es el diluvio, que es el castigo divino, el arco iris que es el texto de la alianza; ranas, langostas, aguas de río, sombra nocturna, se convierten en las plagas que afligen a Egipto. Y si a esto se sumó, para formar el Cristianismo imperial, el espiritualismo platónico, es comprensible que la naturaleza haya quedado secularmente excluida y se haya convertido en algo indeseable y terrible.

A fines de la Edad Media, un hombre tan lúcido y universal como Dante pudo

oponer a la imagen de la ciudad, símbolo de la cultura y del orden moral, una selva oscura que representa el horror y el caos. Yo diría que todo en el Cristianismo, salvo la inexplicable e inspirada figura de Francisco de Asís, fue hostil a la naturaleza, y sirvió de fundamento a una civilización excluyente, y a un antropocentrismo arrogante en el que no cabían, sin embargo, las más primitivas y acaso las más esenciales fuerzas del hombre.

Hay un episodio conmovedor en *Antonio y Cleopatra* de Shakespeare que puede ilustrarnos sobre el drama de la ciudad moderna. Es de noche en el campamento romano, en vísperas de la batalla definitiva. El ejército duerme, pero al frente de la tienda del general dos centinelas vigilan. De pronto un gran rumor se alza en la sombra. Es una música de oboes bajo la tierra; como si un gran cortejo se pusiera en marcha el estruendo llena los aires, pero todo sigue inmóvil e inalterado. Primero sólo los dos centinelas lo escuchan, después todos los soldados. Uno de ellos pregunta al otro qué estruendo es ése, qué podría significar todo aquello. Y el otro responde:

—*Es el dios Hércules, que amaba a Antonio y que ahora lo abandona.*

Aunque Swedenborg creyó saberla, nadie nos podrá decir la fecha exacta en que el sentido de lo divino abandonó nuestro mundo. Lo cierto es que todos nosotros nacimos en un universo ya despojado de sacralidad. Y curiosamente, ese mundo así empobrecido no se mostró más inerme sino más arrogante. Nunca fue tan orgullosa e imponente la ciudad como cuando quedó despojada de Dioses. Todo estaba vacío de sentido pero también de límites, el hombre estaba solo y era dueño del mundo, amo absoluto de montañas y selvas, del fondo del mar y del espacio exterior.

Nunca fue tan evidente que los poderes prometéicos habían pasado a nuestras manos, que la materia era dócil a los sueños de la razón. Ahora no habría restricciones, nada detendría el progreso, todo el planeta acataría la ley del hombre, y muy pronto en los altos abismos se leería el texto de la supremacía humana.

Han pasado dos siglos desde el momento en que los revolucionarios franceses instauraron el culto de la razón, poco después de haber promulgado la Declaración Universal de los Derechos del Hombre. Dos siglos de soledad y de supremacía han pasado, y hoy podemos ver el resultado. Todo el antiguo e intocado universo comienza a mostrar las lesiones, algunas tal vez incurables, que le ha infligido nuestra ceguera. El saqueo indiscriminado de la naturaleza, considerada como un banco de recursos, nos enfrenta al peligro de la desaparición de bosques y selvas, y con ellas del aire planetario. Los desechos industriales y los vapores tóxicos ya han perforado la capa atmosférica. El frenesí del rendimiento ya no permite la lenta maduración de seres y oficios, la humanidad se empieza a parecer a esos criaderos donde aves o peces son sometidos a la presión del crecimiento para que se desarrollen al ritmo de la necesidad del capital. Proyectando uniformes espectáculos para todos los hombres, la modernidad unifica y confunde los sexos, las edades, las culturas, en una sola amalgama indiferenciada, carente de matices y de sentidos.

Nos habían enseñado que cada ser humano era único y precioso ante los poderes

de lo desconocido. Ahora sólo quedó lo cuantificable y todos somos él mismo, insignificante ser hecho de materia mortal, que nada debe crear, que ninguna verdad singular debe encarnar, que sólo debe producir y consumir de acuerdo a los dictados inapelables de la industria y de sus serviles asistentes, la ciencia y la técnica.

Por una paradoja admirable, el triunfo del hombre, envanecido de su soledad cósmica, se parece demasiado a la derrota del hombre, y ya amenaza con ser también la aun más deplorable derrota de la vida, de la sublime aventura que podría llamarse historia universal.

Y las ciudades, que alguna vez fueron nuestro orgullo, y uno de nuestros sueños más altos, las coronas de la civilización, el reino de la amistad y la imaginación, se han convertido en el escenario donde una humanidad despojada de sentido y deberes, ciega a la suerte de su misterioso planeta, representa sin saberlo el drama de su declinación, el naufragio de Metrópolis, e ignora patéticamente cuál será el siguiente episodio de la obra amenazante, y si ese episodio no será el último.

Tal vez se cumplirán las previsiones de los profetas de la ciencia ficción. Tal vez los hangares atómicos darán cuenta de una humanidad frágilmente hacinada en inmensas colonias urbanas; o la bomba demográfica convertirá a los humanos en termitas enloquecidas que se aniquilen a sí mismas; o los ríos de autos y la industria indiscriminada y los pesadillescos plásticos indestructibles y las basuras inmanejables convertirán a las ciudades en reinos inhóspitos de la neurosis, la velocidad y el desorden; o tal vez un día la humanidad desesperada de sí misma, de sus congestiones vehiculares, de su frenesí industrial, harta de publicidad, aterrada de inseguridad, sorda de estruendo, recordará que existen los campos inmensos y encontrará otra vez el camino de una vida lenta y sensata; o tal vez una masiva deserción de los termiteros humanos llevará terror a los campos como a veces lo trajo a la ciudad. Ninguna de esas alternativas es más probable que las otras.

Pero creo que sólo la recuperación del sentido sagrado del mundo, sólo el retorno —impredecible en sus expresiones, sus éticas y sus estéticas— de lo divino, podrá permitir que la humanidad recupere su lugar discreto y sublime en el orden del universo, podrá permitir la reconciliación del hombre con la naturaleza, el paso del tiempo de la dominación al tiempo de la alianza, y podrá permitir que la idea de la ciudad, orden, belleza y espíritu, recupere el sentido humilde y sagrado que tuvo, antes de convertirse en pesadilla.

LOS DEBERES DE LA AMÉRICA LATINA

Alguna vez; con su clásico humor hecho de lucidez y paradojas, Jorge Luis Borges afirmó que tal vez los únicos europeos verdaderos éramos nosotros, los latinoamericanos, que vemos a Europa como una totalidad de la que nos sentimos herederos, mientras que nadie en Europa se siente europeo sino apenas español o francés, sueco o alemán. Podríamos añadir que casi nadie se siente español, sino catalán, o vasco, o gallego; que los serbios se sienten no de otra raza sino de otro planeta que los croatas; que en Italia, país compuesto otrora por numerosas repúblicas, pululan los dialectos; que ser irlandés es, evidentemente, no ser inglés. Nuestra América ha persistido en el uso no dialectal de la lengua castellana, aportada por uno de los muchos integrantes de su compleja mixtura racial y cultural, de tal manera que un hombre de Cuernavaca o de Tegucigalpa puede entenderse en el café con uno de Colón, de Caracas, de Cali o de Valparaíso y sólo tendrá ligeros problemas para entenderse con un español, cuyo defecto es la falta de universalidad, no en la información, sino en la actitud.

La verdad es que somos europeos, pero por fortuna somos mucho más que europeos. Y digo por fortuna porque aun olvidando la cabalgata de sangre que protagonizaron aquí nuestros abuelos peninsulares, o considerándola un ejemplo normal de las criminales torpezas de la condición humana (Roma no lo hizo mejor con Cartago, ni los Aztecas con sus vecinos, ni el Japón con la China), hay otros elementos en el complejo legado de Europa que conviene deplorar y superar. Uno de ellos es la tradicional atribución de superioridad a todo lo que es europeo. Viendo el orden que Europa ha construido y difundido por el planeta, ese orden que la sociedad norteamericana ha llevado a su límite, yo diría que todas las legendarias virtudes de Europa están hoy bajo sospecha. De su inteligencia han nacido los racionalismos. De su disciplina, los totalitarismos. De sus patriotismos, anteayer la prepotencia romana, ayer la barbarie nazi, hoy la barbarie serbocroata. De su laboriosidad, la derrochadora bodega industrial. De su saber, los arsenales nucleares. De su fe, la defenestración de Praga, la guerra de los 30 años, la Santa Inquisición. De su capacidad de previsión, la amenazante nube de estados policíacos, de manipuladoras corporaciones, de almacenes genéticos, de inmanejables basuras letales, de humanidad inerme, que hoy se cierne sobre el planeta.

Qué injusticia con las artes de Europa, con las filosofías de Europa, con la rica imaginación europea; qué blasfemia contra el divino Platón, contra el universal Leonardo, contra el armonioso Paladio, contra el sublime genio de Mozart, contra Kant, contra Nietzsche, contra Luis de Baviera, afirmar que la más conspicua y gloriosa tradición cultural del planeta, está bajo sospecha. ¿Qué sería del mundo, nos dirán, sin la filosofía griega, sin el Cristianismo, sin el rumor de los trovadores, sin la *Divina comedia*, sin los suspiros de Romeo, sin la penúltima *Sonata para cello y piano* de Ludwig van Beethoven, sin *El filósofo en meditación de Rembrandt*, sin los

violines de Brahms, sin la catedral de Colonia, sin Louis Pasteur, sin los sobrehumanos laberintos de música de James Joyce? He hecho esta lista obedeciendo a algunas de las incontables cosas de Europa que, como diría Borges, “dictan veneración a mi pecho” y me apresuro a decir que creo sinceramente que el mundo sería más pobre, más desesperanzado y más triste sin ellas. Pero me apresuro a declarar también que esa excelencia cultural no es exclusiva de Europa, que el eurocentrismo de la civilización occidental nos ha llevado a apreciar nunca suficientemente pero sí exclusivamente las creaciones de esa región del mundo, y nos ha sometido a una atónita servidumbre. Europa es grande y bella y talentosa, pero no lo es más que el resto del mundo, y si parece haberlo sido, ello no se debe a una hipertrofia creadora de Europa acompasada en sordina por la circundante esterilidad planetaria, sino a otras razones que vale la pena examinar si queremos que el mundo se salve, y con él las exquisitas rosas de cristal y de piedra y de música que engendraron en Europa nuestros venerables parientes.

Una de las mayores virtudes del siglo xx ha sido la de enseñarnos a mirar con respeto lo distinto. Las barbaries nacionalistas siempre se caracterizaron por el orgullo de los ídolos gentilicios y por la simultánea ceguera ante las virtudes ajenas. En últimas, siempre pareció bello y perfecto sólo lo propio y lo semejante. Esto es extraño, porque dada la constitución del ser humano, parecería más bien que necesita continuamente de lo externo y de lo distinto. Pero Europa vivió siglos de siglos frente al rostro de África y sólo Picasso vino a descubrir que había belleza en las máscaras rituales de aquellos pueblos que pastorean y cultivan y cazan más allá del Mediterráneo. La razón por la cual *Las señoritas de Avignon* han fascinado a nuestra época, es porque en ellas el artista supo fundir las destrezas de la tradición occidental con los misterios de ese universo africano que los europeos habían tenido allí al frente, siempre, y que no habían podido descubrir por andar ocupados en traficar con él y dominarlo. ¿Qué se puede pensar de una cultura que ingresa en los ámbitos misteriosos, llenos de oscura sublimidad, de las llanuras de África, y en lugar de inclinarse, ebria de curiosidad y de veneración, se dedica a cazar a los guerreros, abrumar de cadenas a las doncellas y convertir a los sacerdotes en bestias de carga? Una parte de la milenaria historia de Europa está aún por escribirse, y no la escribirán sus propios historiadores. Me atrevo a pensar que en esa historia Aimé Bonpland será más importante que Napoleón Bonaparte y el Barón Alejandro de Humboldt más importante que el inefable profesor Jorge Federico Guillermo Hegel, trompetero mayor de la hegemonía europea e idólatra del progreso.

Esa hegemonía nos es especialmente familiar a los hombres de la América Latina. Por ella aprendimos que aquí puede haber canciones y ritmos, tonadillas graciosas y curiosos inventos sonoros, pero que la música de verdad, la gran música, es esa tempestad controlada que efunden en fúnebres uniformes las orquestas sinfónicas, sus fraccionales orquestas de cámara y sus virtuosos solistas. ¿Y quién podrá negar esa grandeza? ¿Pero al amparo de qué podrá una sola tradición cultural, por vistosa y

perfumada que sea, ocupar el lugar de único lenguaje y de único camino en un planeta tan vasto y tan rico como éste? ¿No se parecen todas esas tácitas o expresas imposiciones a la abusiva pretensión de la iglesia romana de ser el único refugio del alma, la nave segura fuera de la cual no hay salvación? Es muy humano ese vicio tribal de excluir o sojuzgar todo lo distinto, pero nadie como Europa ha sabido llevarlo a su plenitud. Por él hubo guerras médicas y púnicas, octavianas y bizantinas, carolingias y normandas, por él hubo campañas contra albigenses y dolcinistas, por él quedaron huérfanos todos los hijos de los cruzados y después dejaron huérfanos a sus hijos, y hubo guerras de blancos y de negros, de güelfos y de gibelinos, de imperatoristas y papistas; por él perdió su casa Dante y Cervantes su mano y Quevedo su tranquilidad y su pierna Rimbaud, y sus más graneles hombres la pobre Europa de 1914. Pero una mirada medianamente libre de supersticiones puede comprobar que la riqueza cultural del planeta es inaudita y que es necesario —en realidad, un asunto de vida o muerte— que esas infinitas tradiciones puedan convivir y aun enriquecerse recíprocamente, sin que los sangrientos ídolos gentilicios lleguen a establecer sus exclusiones y sus jerarquías. Para ello es indispensable admitir que en los asuntos del arte, del pensamiento, de la sensibilidad y de la creación sin intereses comerciales, no hay progreso, ni jerarquías, ni supremacías posibles. El inagotable genio de Shakespeare no supera a Basho ni a *Las mil y una noches*. La mano de Durero es la misma mano de los huéspedes de Altamira. La música de los Cunas y el manantial de Wolfgang Arnadeus Mozart son rumores fraternos que se alzan del misterio de la condición humana y la ennoblecen, y que merecen, como el canto del ruiseñor, un lugar bajo las estrellas eternas.

Nuestra condición de colonias hizo que para nosotros durante mucho tiempo la cultura europea fuera la única digna de ese nombre, sus artes las únicas artes, las proporciones del Apolo de Olimpia y los reflejos en mármol de Aspasia y de Friné, las únicas formas consagradas de la belleza. Pero también hizo que se convirtieran en modelos de naturaleza superior los jardines franceses, la vegetación europea, sus ríos, sus lagos, su noción particular de bosques y selvas.

Está bien: aquí habíamos heredado el idioma, un idioma es una tradición, y seguramente el universo que afluía en nuestros labios no correspondía al universo que ceñía nuestros cuerpos. Por eso Miguel Antonio Caro escribía églogas de Virgilio, Olmedo epopeyas latinas; José María Eguren tejía en el Perú triolets verlainianos, Banchs veía en Argentina imposibles ruiseñores, y hasta Rubén Darío, el libertador, hacía pasar divinas marquesas por boscajes de Gautier. Hasta en esto éramos una suerte de parias de Europa, vástagos proscritos pasmados por la nostalgia, incapaces de ver el mundo, incapaces de ser lo que éramos.

Los europeos dirán que esas enfermedades son nuestras, que ellos hace tiempo no suspiran por esos mascarones parnasianos y que no andan imponiéndonos el culto de Europa. Pero su orden mental está inscrito en la estructura misma de la civilización occidental, y nadie ignora que el orgullo europeo ya no necesita imponerse con

cañones y bombas, porque gastó su munición en los cuerpos de los Sioux y melló sus espadas en los flancos de los Aztecas y dejó oliendo a pólvora el Caribe y borró a los Araucanos. También puede leerse en la piel de la India la rubrica de los sables ingleses, y en las pirámides textos escritos por espadas romanas, y uno a veces se pregunta si la nariz de la esfinge no fue volada por algún cañonazo napoleónico. La superioridad europea fue escrita a sangre y fuego sobre las naciones, y ha sido muy lento el proceso de recuperación de nuestra conciencia.

Joseph Conrad, a comienzos de siglo, supo mostrarnos en *El corazón de las tinieblas*, el fondo espiritual del colonialismo, el horror que se agita en el corazón de esa poderosa voluntad de dominio que todavía amenaza con borrar a la humanidad.

Pero es bueno recordar que ese orgulloso desprecio tribal con que a menudo Europa mira al mundo es el mismo con que Europa se mira a sí misma, que no es sólo un peligro para los demás sino un peligro para sí misma, que ser un nazi alemán no es sólo amenazar al género humano sino en primer lugar a los franceses y a los polacos, que ser un nacionalista francés no es sólo odiar a los “*pieds-noirs*” africanos sino a los italianos y a los españoles, que esos feroces fundamentalismos son como los guerreros hundidos de Víctor Hugo, que todavía en el fondo muerden los leños de su propio naufragio. Esa estrechez mental no sólo está en el odio con que los cabezas rapadas alemanes matan jóvenes turcos, con que los fanáticos franceses profanan tumbas judías, con que muchos españoles miran a los americanos del sur; está en la fruición con que los europeos un poco más septentrionales suelen decir que África comienza en los Pirineos. Pero esta frase, tradicionalmente considerada como una agresión, hoy más bien comporta un elogio. Cierta forma del espíritu hegemónico europeo ve en España algo distinto, algo que no parece pertenecer cabalmente a la tradición europea. Y no se trata especialmente de pobreza, puesto que Grecia puede ser más pobre. No se trata de falta de tradiciones: España fue el mayor imperio del mundo, y vio nacer en su seno a varios emperadores romanos. Pero hay algo que mantiene a España más cerca del mundo elemental. Yo, que durante mucho tiempo vi como un defecto histórico la falta de un racionalismo español, ahora la veo como una virtud. Es interesante que España haya dado no sólo sacerdotes como el resto de Europa sino místicos, seres que, como diría Estanislao Zuleta, establecen una relación personal con la divinidad y pueden prescindir de la vasta burocracia sacerdotal. Mientras el resto de Europa avanzaba hacia el racionalismo, y hacia lo que hoy es el imperio de la ciencia, de la técnica y de la industria, ocurrió que simultáneamente con el oneroso triunfo de la Contrarreforma y el sometimiento absoluto al poder de Loyola y del papa, algo en España, algo necesario y tal vez prometido al futuro, se refugió en la pasión, en la: lealtad, en la hospitalidad y, si se quiere, en la locura. La llegada del utilitarismo y del reino de los comerciantes había sepultado una edad de heroísmo, de magia, de fe en el milagro, de abnegación y de desprendimiento. La relación entre vendedores y compradores vino a atenuar o borrar el antiguo milagro de la amistad. La amistad, en la que no hay mío ni tuyo, esa pasión que no cabe en el

universo del mercado, es la sustancia del libro con el cual lo mejor del alma española advirtió la llegada de la edad de la codicia y la deploró y opuso a los cálculos y las seguridades de la razón, las locuras y las generosidades del heroísmo. Porque frente a la tentación del racionalismo, ya incontenible, España opuso como discurso y como símbolos la insensatez, el delirio, la fantasía y la amistad: la cabalgata sublime de Sancho y Don Quijote.

Es por eso que España es y no es europea. No es el país de las ciencias pero es el país de las artes. Las virtudes de sus gentes no son principalmente del conocimiento sino de la ética. Pero la ética será la única puerta para entrar al futuro y tal vez todavía de nuestra herencia española aprenderemos a ser sin dobleces, a vivir con un poco más de pasión, con un poco más de inocencia.

¿Carece de virtudes semejantes el resto de Europa? Seguramente no. Pero las virtudes ilustres sobre las que se fundó la modernidad sostienen el edificio hegemónico de esta civilización, se han exaltado en las virtudes obligatorias de la humanidad, y han hecho que el propio Nietzsche le asegure a la especie: “Perecerás por tus virtudes”. Nos tocará encontrar virtudes distintas y envanecernos menos de ellas, si queremos salir del estruendoso y deslumbrante laberinto de la sociedad industrial, en cuyos recodos acecha un monstruo todopoderoso con cuerpo de hidra y cerebro electrónico cuyo nombre aún no nos fue revelado.

Hoy la ciudad, tal como Occidente la magnificó, frontera del orden y el caos, refugio contra la naturaleza, museo de ayer inmóviles, joyero de los inventos humanos, colmena rumorosa de la razón, se ha convertido en lo que Miller llamaba “una pesadilla provista de aire acondicionado”, empieza a asfixiarse en sus propias nieblas mefíticas y cada vez sabe menos qué hacer con sus desechos y sus escombros. Y una vez más, somos los directos herederos de esa tradición quienes sentimos primero los males que ella traía en sus entrañas. Vemos a Manhattan desde la otra orilla del río Hudson y el corazón se sobrecoge, asombrado de la magnitud de las obras del hombre, que así ha alzado esa suerte de cordillera geométrica, esa muralla cuyas almenas quisieran perforar babélicamente los cielos, y sentimos no sólo su belleza sino su miedo, su fragilidad. ¿No dijo Rilke que lo bello no es más que esa forma de lo terrible que todavía podemos soportar? Pero miramos a Ciudad de México, antesala de la ciudad infinita, que ya casi no puede mirarse a sí misma; a Medellín sitiada por la violencia de los excluidos, sobresaltada en la noche por los disparos que se ahondan, de colina en colina; a Caracas, hecha para los autos; a Río, donde salen al amparo de las sombras los cazadores de niños; vemos por todas partes el desempleo, la pobreza, la violencia, el desamparo, y sentimos que la herencia de la civilización no ha sido generosa con los pueblos de este lado del mundo. Con las riquezas de América se reforzó la hegemonía de Europa, se dieron a funcionar las máquinas y los laboratorios, gradas a esas riquezas triunfó en Occidente la razón.

Pero todas las virtudes de Europa nos llegaron despojadas de su máscara amable. La religión católica, corazón del ambiguo humanismo europeo, destruyendo a los

dioses nativos, desamparó de mitos americanos esta naturaleza grandiosa, y vanamente intentó sujetar sus inmensidades y sus abismos a la ilusión de una potestad con rostro humano. La lengua, que sólo el modernismo hizo americana, nos mantuvo por siglos flotando sobre la realidad sin arraigar en ella. Hasta las artes y las letras de Europa nos fueron mostradas, no como altos ejemplos del espíritu humano sino como los únicos cauces de la cultura. Europa era nuestro maestro y nuestro guía, pero sería también nuestro juez y nuestra conciencia. Había que exponer en Europa, triunfar en Europa, ser famoso en Europa, merecer la condescendencia de sus sabios, ganar el premio Nobel. Había que adoptar la Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, instaurar la división de los poderes públicos, implantar el sufragio universal, pensar en europeo, respirar en europeo, no inventar nada. Pero detrás de Santa Bárbara siguió alentando Changó; bajo la aparatosa normatividad que hace que nuestros gobiernos confundan el arte de gobernar con la irrisión de dictar decretos, siempre estorbosos y siempre inútiles, los pueblos escogieron la vía sensatísima del pragmatismo; ante el infinito caracol de los trámites hasta los funcionarios hicieron trampa carnavalescamente; ante la imposición de unos modelos que nos declaran para siempre inferiores, triviales y bárbaros, no es extraño que estos pueblos respondieran con desdén y con irreverencia. ¿Por qué voy a venerar un orden que me niega y me asigna el último lugar en el escalón de lo humano? ¿Por qué voy a venerar una cultura, unas artes que me son ofrecidas como patrimonio de seres superiores y ante las que se me niega el derecho a opinar e incluso a sentir? “Trátalos como humanos y serán humanos”, decía Goethe.

Creo que ha llegado la hora de que los hombres de la América Latina tomemos posesión de nuestro mundo. Que oigamos las hermosas palabras de Robert Frost:

*Algo que nos negábamos a dar
gastaba nuestra fuerza,
hasta entender que ese algo
fuimos nosotros mismos,
que no nos entregábamos
al suelo en que vivíamos,
y desde aquel instante
fue nuestra salvación el entregarnos.*

¿Conocemos los nombres de los árboles que nos acompañan en esta misteriosa aventura? No hasta, creo yo, protegerlos de los saqueos de la industria insaciable; es necesario conocerlos y amarlos. ¿Conocernos la asombrosa variedad de las criaturas que son como nosotros, hijas del territorio? ¿No son sinsontes y armadillos, ranas y mariposas, nuestra responsabilidad? Ya sabemos que el hombre no puede destruir todo sin destruirse, hay que saber también que el hombre no puede salvarse sin

salvarlo todo. Tal vez a nosotros nos corresponderá cambiar la Declaración de los Derechos del Hombre por una Declaración Universal de los Derechos del Mundo, del que los hombres somos apenas una fracción pequeña y peligrosa. Estamos, como todos los pueblos que son y que fueron, en el centro del mundo, pero es preciso tomar conciencia de ello.

Y creo que también será necesario inventar instituciones que se nos parezcan. Olvidar la estructura fracasada de unos Estados inútiles que todo lo piden y nada dan a cambio, que corrompen todo corazón que se entrega a ellos, que gobiernan con decretos sobre estadísticas y que nada sienten ante la postración, el desamparo y la agonía de millones de seres humanos. Ante los peligros del totalitarismo, decía Borges, acaso nuestro pobre individualismo tenga todavía algún papel que jugar. ¿No están aquí tocias las tradiciones, todas las razas, no confluyen en nuestro cauce los sueños y los anhelos del planeta? Nadie como Borges ha sabido mostrarnos la riqueza de esta posición fronteriza entre la tradición cultural de Occidente, que nos corresponde naturalmente; la tradición de todo el planeta, y los misterios de nuestro ser americano. Él supo decirnos que la muerte de un compadrito de Buenos Aires equivale a la muerte de César. Él supo decirnos, evocando a Evaristo Carriego, que nuestro mundo es tan digno como cualquier otro de la poesía y de la historia: Él nos dijo, recordando a Heráclito de Efeso, a quien unos visitantes habían sorprendido en la cocina: “Entrad, que aquí también están los dioses”, y dedicó su vida entera, su asombroso talento y su profunda erudición a mostrarnos que aquí también está en su plenitud la realidad, que el escenario de nuestra vida y de nuestra muerte debe ser dignificado, que nuestra poesía debe hablar de nuestro territorio, que

*Aquí también esa desconocida
y ansiosa y breve cosa, que es la vida,*

que aquí, en cualquier esquina de Guayaquil o de Valencia, de Santiago o de Managua, en cualquier orilla del Paraná o del Orinoco, en cualquier calle de Matanzas o de Lima, en cualquier hacienda del Magdalena o del Chaco, en cualquier inquilinato de Veracruz, en cualquier sótano de Buenos Aires está el aleph, está el universo. Y por él hemos aprendido también el secreto de una serena humildad, la certeza de que todo aquel que sabe lo que tiene, lo que inevitablemente perderá, no necesita recurrir a la imposición. Nuestra única posible grandeza será identificarnos con la causa del mundo, lejos de todo mezquino orgullo local, y no erigirnos en paradigmas de ningún tipo de superioridad. Ni la riqueza, ni el saber, ni la fuerza, ni la tradición pueden ser instrumentos para excluir o acallar a los otros. Ante el imperioso deber de salvar, no sólo el futuro, hoy vastamente amenazado, sino todo lo que ya parecía definitivo, el ayer, los muertos, los mitos, hasta el más mínimo y tenue saber de los pueblos siempre silenciados y siempre excluidos, debe ser escuchado

como la propia voz de los Dioses. Basta mirar los nichos vitales de los pueblos de África y de los pueblos nativos de América, mágicamente fundidos a la naturaleza, amistados con el bosque y las piedras, y compararlos con estas formidables y terribles colmenas que erigió nuestro orgullo, para entender que hay una sabiduría soslayada, unas claves para inventar el futuro ignoradas sólo porque las descubrieron los mansos, porque no las dictó la codicia ni la voluntad de dominio, sino la cordialidad, el respeto, la reverencia, virtudes que, como cierto mágico personaje de nuestra literatura, “no quieren tener la razón de un modo triunfal”. Son, repito, sabidurías de los mansos, pero a pesar de los arsenales nucleares, de la contaminación, de los ejércitos de la tecnología, de los mares de plástico, a pesar del infinito poder que se yergue como nube nefasta en el horizonte de la civilización, tal vez no estaba del todo equivocado aquel hombre o Dios que declaró que los mansos heredarán la tierra.

Hoy es una necesidad imperiosa adquirir o recuperar la conciencia de que el mundo es más vasto y más rico de lo que nos quiere hacer pensar la comparsa uniformadora del capital. Restituida a su verdadera proporción; la cultura europea nos dejará oír el rumor de las otras culturas: las músicas que se niegan a imponerse o hacerse oír mediante el estruendo electrónico; las artes plásticas que no se sienten obligadas a pasar por el filtro cada vez más dudoso de las galerías europeas y norteamericanas; las literaturas que no buscan abrirse camino a través de las imposturas de la publicidad y del gran mercado; los ejemplos de convivencia entre razas y tradiciones distintas; el estudio de las innumerables lenguas y dialectos de naciones, aldeas y tribus que no intentan imponerse como lenguajes superiores; la pluralidad de las religiones, la abundancia de las mitologías, la persistencia de las leyendas, y deberemos redoblar el esfuerzo por no caer en los hábitos impositivos de la tradición occidental. Algún día le habremos dicho adiós a ese mundo intolerante de conquistadores y evangelizadores que son dueños de la verdad porque son dueños de la espada, y que erigen sus invenciones, sin eluda admirables, en las formas exclusivas de la belleza, de la verdad y del bien.

Podemos criticar a Europa y a sus inventos porque somos europeos, pero sobre todo porque nos importa su destino. También nosotros llevamos el legado de los odios tribales, pero hay aquí una tal diversidad de razas y de pueblos, de religiones y supersticiones, son tan grandes el mestizaje y el mulataje en que después de cinco siglos se han fundido los ríos de nuestras sangres, que difícilmente esos odios podrán prosperar. Siempre que no se embriaguen de orgullo y de hostilidad, siempre que no salgan a negar a las otras, las culturas locales son una defensa contra la torpe uniformación del planeta. También aquí actúa el demonio de los nacionalismos, pero la hermandad de las tradiciones y el tesoro común de la lengua bien pueden servirnos de antídoto. La verdad es que así como de un modo crítico y nostálgico somos europeos, también sentimos el creciente rumor de una fraternidad continental apenas contrariada por el formalismo de los gobiernos y el recelo de los ejércitos, que temen con razón que la cordialidad entre las naciones los afantasma en cuerpos decorativos

o inútiles.

El odio tiene aún donde refugiarse. Pero es nuestro deber aportar al caudal de la rica y poderosa tradición planetaria todo lo que tenemos y aún desconocernos, todo lo que por causa del pensamiento hegemónico occidental no hemos sabido valorar. La activa Europa se asomó a todas partes pero sospechamos que no supo ver mucho en ellas. Así como fundió en lingotes exquisitas obras de arte, o pasó saqueando tumbas sagradas para decorar sus museos, o destrozando templos para adueñarse de sus divinas reliquias, o arrancando los árboles de piedra llenos de inscripciones que una antigua sabiduría supo concebir y erigir, para llevarlos a ser el centro de unas plazas sin alma, así redujo al silencio o la indiferencia sueños y tradiciones que no son formas accidentales de la inventiva humana, sino secretos indispensables de la supervivencia de la especie.

Aún es preciso decir de qué se ha privado el mundo hasta ahora. Qué ha sido acallado por los saqueos de la codicia y por los estruendos de la soberbia. Aún es preciso decir que los pueblos que se defendieron hasta la muerte han dejado un grito que espera en las gargantas de los vivos. Que ante la nube letal que avanza sobre el mundo, llena de saber, de poder, de tecnología, de productos, de publicidad, de espectáculos que inmovilizan al hombre, y de arsenales atómicos incomprensibles, ante ese fastuoso y admirable poder que niega lo sagrado y saquea la naturaleza y todo lo profana, sólo nos queda un poder que oponer, el último asilo de la esperanza: el poder de lo divino que aguarda, en forma de sueños y leyendas, de amistad y de amor, de arte y de memoria, de perplejidad y de gratitud, en el corazón de los seres humanos, esa fuerza que no aparecerá jamás en ninguna estadística, que por ello no parece existir ni contar ante los evidentes poderes del caos, pero que es la que construyó las naciones, inventó los lenguajes, pulió los oficios y supo alzar en ronda, bajo las significativas estrellas, lo único verdaderamente digno que ha brotado alguna vez de nuestros labios y de nuestras manos, el canto respetuoso de la gratitud y de la esperanza.



WILLIAM OSPINA BUITRAGO (Herveo, Tolima, Colombia, 2 de marzo de 1954). Escritor, periodista y traductor colombiano. Estudió derecho y ciencias políticas en la Universidad Santiago de Cali, pero abandonó la carrera para dedicarse al periodismo y a la literatura.

Ha publicado varios libros de ensayos: *Aurelio Arturo* (1991), *Es tarde para el hombre*, *Años prófugos de Occidente* (1994), *Los dones y los méritos* (1995), *Un álgebra embrujada* (1996), *¿Dónde está la franja amarilla?* (1997), *Las auroras de sangre* (1999), *Los nuevos centros de la esfera* (2001). Publicó cuatro libros de poemas: *Hilo de arena* (1986), *La luna del dragón* (1992), *El país del viento* (1992), *¿Con quién habla Virginia caminando hacia el agua?* (1995). Novelas: *Ursúa* (2005), *El país de la canela* (2008), *La serpiente sin ojos* (2012) y *El año del verano que nunca llegó* (2015).

Notas

[*] Traducción de Jorge Luis Borges. <<